



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY
**EL VAMPIRO
DE BROOKLYN**



PETER DEBRY

El vampiro de Brooklyn

1^a. EDICIÓN
OCTUBRE - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**OBRAS DEL MISMO AUTOR,
PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:**

1. — La brigada de los suicidas. 4. — Sirenas tropicales. 6. — Los cuatro ases. 8. — El castillo de los ahorcados. 10. — Peces de platino. 12. — Gangsters en Casablanca. 14. — Valses tétricos. 16. — Los buitres negros. 18. — En busca de una cabeza. 20. — La atómica en Hollywood. 24. — La bella del Bósforo. 26. — La isla Corazón. 28. — Los diablos del Ártico. 32. — El pulpo humano. 36. — Piratería moderna. 38. — Un pistolero en el F. B. I. 40. — Dama «Dinamita». 44. — Doctor Borgia. 46. — Asesinatos en el Estadio. 52. — La muerte lenta. 54. — Plátanos volantes. 56. — Aviones sin rumbo.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

& **VAMPIRO de BROOKLYN**

por
PETER DEBRY



I

Nevaba sobre Nueva York. La inmensa metrópoli vertical iba blanqueándose, y los menudos copos que caían lentamente, dando vueltas, semejaban una lluvia de confeti.

Alzado el cuello de su americana, Roy Curtis, hundidas las manos en los bolsillos, caminaba apresurado. El frío se le calaba hasta la medula.

Eran ya las diez de la noche del 23 de diciembre del que para Roy Curtis era el maldito año 1949.

No tenía siquiera para el autobús que cómodamente y protegiéndose de la nieve, le hubiese llevado al Bowery, el barrio hacia el que se dirigía.

El ala delantera de su sombrero de fieltro, estaba ya endurecida, y en su borde, la nieve, al licuarse, goteaba.

No estaba de humor para poder apreciar el contraste que ofrecía, sin un centavo en el bolsillo, entumecido por el frío, rabioso contra su mala suerte, y caminando deprisa por Watt Street; recorría la famosa Calle del Muro, sede de los ricos banqueros, los agentes de bolsa, y los financieros de toda calaña, cuyo nombre procede de un muro que construyeron los holandeses en 1653, para protegerse contra la temida invasión de los ingleses.

Roy Curtis pensó tan sólo, que los agentes de negocios que trabajaban en Wall Street, ganaban fácilmente grandes sumas de dinero, y sin gran esfuerzo, puesto que hacia las tres de la tarde abandonaban sus oficinas.

No tenía un estado de ánimo lo suficientemente imparcial, para pensar en los suicidios, las muertes repentinas por ataques cardíacos y el pronto envejecimiento de todos aquellos que pasaban horas de tensión nerviosa, haciendo juegos malabares con el dinero ajeno.

Lo único que pensaba Roy Curtis era que estaba atravesando el barrio de las grandes fortunas, para dirigirse hacia el barrio de la miseria.

Wall Street por la noche, cuando los financieros y los millares de empleados han abandonado sus despachos, es el sitio más tranquilo de Nueva York. Parece un dinosaurio adormilado.

Llegaba ya Roy Curtis al puente de Brooklyn, que atravesó, tiritando. Penetraba en el Bowery, cuyo nombre es para muchos el sinónimo de «miseria».

Un barrio lleno de *flop houses* (las casas de los fracasados), donde un «sin trabajo» puede dormir por dos centavos, calentándose antes el estómago con la sopa popular servida por centros misionales.

Cada noche, Nueva York da así alimento y cama a más de diez mil hambrientos sin hogar.

Y aquellas callejas del Bowery, la Ciudad Baja, cerca del East River, son más sórdidas que las más míseras de cualquier ciudad.

Esto era lo que ponía rabioso a Roy Curtis. Nueva York, el paraíso, Nueva York, sede de multimillonarios, le reservaba a él su barrio del Bowery, con sus fracasados.

Ni siquiera tenía para dormir. Apretó el paso hasta llegar al hormiguero humano, colmena de dos centenares de seres humanos, donde en el piso catorce, vivía en dos habitaciones su novia Norma, con sus progenitores el cascarrabias John Randal, y la resignada «mamá», otra hija, y dos muchachos.

Seis personas en dos habitaciones. Volvió a sonrojarse Roy Curtis, como todas las noches anteriores, al divisar a Norma Randal, esperándote en el hueco de una de las escaleras, la que conducía a los pisos del ala derecha de aquel edificio del Bowery.

Se acercó, ceñudo y bajo la tenue luz de la única bombilla, sintió un estremecimiento que no era de frío, ante la tímida sonrisa buena de su novia.

—Hola, Roy. Mala noche, ¿verdad?

—No debiste esperarme hasta tan tarde, Norma. Tus padres te reñirán, tu hermana se reirá de ti, y tus hermanos... ¡maldito sea el mundo!

—No te enojas conmigo, Roy.

—No es contigo, sino contra todo, contra mi mala suerte, contra la miseria.

—Pronto encontrarás trabajo: me lo dice el corazón, Roy.

—Con el corazón no se come, Norma. Yo te quiero por esposa, y no puedo ni siquiera devolverte el dinero que me has ido prestando.

Tu sueldo de dependienta no da para tener un novio inútil como yo. Mejor será que... Mira, Norma, he venido a decirte, que... debemos decirnos adiós. Tú encontrarás otro hombre más digno que yo... No me repliques, porque estoy decidido a no ser más para ti una vergüenza.

—Me duele oírte, Roy...

El mudo llanto que invadía las pupilas de su novia, enfureció a Roy Curtis.

—¡Maldito sea todo! No llores, que con esto nada arreglas.

—Te juro Roy —murmuró ella, entrecortadamente—, que si me dejas, yo haré una barbaridad. Me tiraré al río, me echaré al paso del metro...

—Con una de las dos cosas bastaría. El río o el metro. Escucha, Norma; vuelvo a repetirte que te quiero, y precisamente porque te quiero, no debemos seguir así. Tres meses seguidos buscando trabajo, acaban por destrozar al más pintado. Escucha... Yo volveré por ti, cuando tenga trabajo, ¿comprendes?

—No, no comprendo —y por primera vez, ella fué enérgica—. Tú eres violento, poco paciente, pero tal como eres, te quiero, Roy. Y nos casaremos cuando te pase la mala racha. Pero en los buenos o malos momentos, hemos de estar siempre juntos.

—Mañana es Nochebuena —dijo él, de pronto.

—Me dan una paga extraordinaria, Roy. Podremos ir a cenar juntos.

—¡Eso es! Yo traigo la boca muy abierta y un estómago muy ancho, y tú, la mujer, eres la que paga la cuenta. ¡Esto es vergonzoso, y no lo aguanto más!

—Tengo el presentimiento, Roy, de que tu suerte va a cambiar.

—¡Seguro que sí! Te lo habrá dicho la bruja de tu hermana, que se cree adivinadora del porvenir con sus sucias cartas.

Imitando la voz ronca de la hermana de su prometida, Roy Curtis gruñó:

—El siete de bastos, Norma. Significa siete días de suerte. El dos de oros. Un rubio millonario que... ¡Esto acaba por enloquecer a un hombre! Colas, colas... y cuando te llega el turno de aspirante a barrendero, te piden los certificados de tu último trabajo. Les explicas que hasta los veintiuno no has trabajado, porque estudiabas, y que después te metiste cuatro años de guerra entre pecho y espalda, y muy amablemente te dicen que hasta para barrer hay que tener un certificado de basurero. Te dicen que puesto que fuiste un héroe, la Comisión de Ex Combatientes te dará trabajo... ¡y tú sabes que yo no puedo volver a la Comisión!

—Fué una mala suerte, Roy.

—¡Fué un robo, que no es lo mismo! ¿A que andar con tapujos? Yo tenía un buen trabajo, y metí la mano en la caja, pensando que podría devolverlo. No fui a la cárcel porque tengo cuatro años de guerra, pero en la Comisión me dijeron que estaba «descalificado».

—Un mal momento no dura toda la vida, Roy. Antes te gustaba apostar en las carreras de caballos.

—Sí, cuando tenía un trabajo decente.

—Haz una prueba. Juégame éste dólar al caballo que más confianza te inspire. Mañana me das la mitad de lo que has ganado, y así puedes invitarme a cenar.

Iba Roy Curtis a rechazar, pero era tan persuasiva la bondad de la sonrisa de su novia, que masculló:

—¡Maldita sea! ¿Por qué nos enamoramos los dos?

Ella sonrió, besándole en la mejilla:

—El Destino, Roy. Mañana a las siete ven buscarme. Te quiero.

Unos minutos en que Roy Curtis olvidó todo, y después, la calle, la nieve, el frío y la sensación de ser un inútil.

Tenía un dólar en el bolsillo superior de su mojada chaqueta. De pronto, se detuvo en una esquina, delante de un bar en cuyo fondo había diez máquinas tragaperras.

Roy Curtis entró, encaminándose rectamente hacia la máquina de las «coristas». Si los rodillos, al girar después de empujar la palanca que solo funcionaba con una pieza de diez centavos se detenían y en los tres recuerdos aparecía una corista en alto la pierna, caía por la rendija una cascada de medios dólares de plata.

Iba a introducir una de las monedas en que acababa de convertir el dólar, cuando el espejo fijo sobre la máquina plasmó un semblante.

Un rostro maquiavélico, de rubias cejas arqueadas, negros ojos brillantes, sedoso bigotillo... Un sombrero de diez dólares, una corbata de seda, un abrigo de paño azul que valdría por lo menos cien dólares, una bufanda de seda blanca, un bastón de puño de plata, unos zapatos de flexible piel reluciente, con botines, y la tela de lo que se descubría del pantalón, color gris a rayas, formaban un conjunto que pregonaba riqueza, buen gusto...

Roy Curtis dió media vuelta, enfrentándose con el desconocido.

—No soy maniático ni veo todavía visiones, pero estoy muy seguro de que anteayer le vi a usted muy cerca. Ayer también me crucé con usted, y ahora se me planta al lado. ¿A qué juego se dedica usted?

—Llámeme Gregor Mason, y acepte que le invite a un aperitivo.

—¿Un aperitivo? No lo necesito. Escuche, Gregor Mason: tengo ganas de romperle la cara a alguien que como usted respire dólares desde la cinta del sombrero hasta los tacones de esos zapatos, que por lo visto, ni se mojan ni sufren al andar las salpicaduras del barro nevado

—Tengo el coche fuera. Usted no perdería nada con aceptar mi invitación a charlar unos instantes, Roy Curtis.

—¡Maldita sea! ¿Cómo conoce usted mi nombre?

—Acepte venir a mi departamento, y tal vez la Nochebuena de mañana, sea para usted el principio del camino hacia el millón.

Roy Curtis examinó detalladamente a Gregor Mason. No parecía un *gangster* ni un chiflado. Era un hombre de unos treinta años, fuerte, esbelto, y de rostro sarcástico, pero inteligente.

—¿Por qué se ha fijado en mí, Mason?

—Porqué tiene usted la principal condición para la oferta que voy a hacerle. Puedo dejarle mi dirección, y le esperaré hasta mañana por la noche. Esta es mi tarjeta, y puede telefonear.

—No sé a dónde va usted a parar, pero vamos allá. Un momento.

Colocó la moneda en la máquina, empujó la palanca, y al detenerse los rodillos, apareció una corista.

Repitió la jugada hasta agotar el dólar. Mientras veía en el espejo la irónica sonrisa de Gregor Mason...

—Mala suerte, Curtis, le diría cualquiera. Yo le digo, en cambio, que tiene usted una suerte loca.

—Vamos a donde sea, y terminemos de una vez. Le advierto una cosa, Mason... Tengo mal genio, y no aprecio las bromas.

—Yo tengo poco tiempo que perder, y no doy bromas a nadie.

El elegante Gregor Mason echó a, andar, seguido por Curtis. Afuera, a dos metros del umbral, un «De Soto» de larga carrocería, con un chófer uniformado, que gorra en mano abrió la puerta, recibió en su muelle asiento posterior el peso de Roy Curtis.

Subió el chófer, y el coche arrancó. El asiento posterior estaba dividido en dos amplios espacios, con brazal para apoyarse, cenicero, un calorífero para los pies, un acústico al alcance de la mano, un estante lateral con un vaporizador, un estuche de cigarrillos, un encendedor y tres frascos de cristal, sujetos en red de malla dorada, así como tres vasos.

—Es insultante este coche, Mason.

—No es mío. Luego le explicaré.

—¿Por qué no ahora?

—En mi departamento. Es una de las condiciones de mi oferta.

Roy Curtis se adosó a un lado, cerrando los ojos. El coche apenas trepidaba. Una suave tibieza perfumada invadía aquel recinto rodante.

No quiso pensar en nada. Abrió los ojos cuando el coche se detuvo. Estaban en la Octava Avenida, y a lo lejos, el «Broadway» y el «Empire State», refulgían de luces entre los torbellinos lentos de la nieve.

El coche volvió a arrancar, cuando correspondiendo a la llamada de su «clakson», la puerta de un garaje se abrió en la planta baja de aquel edificio de quince pisos.

—Son los «Bachelors Apartments» —comentó Curtis.

—En efecto. Departamentos para solteros. Doscientos solteros, y yo soy uno de ellos.

—El alquiler mensual no valdrá menos de quinientos.

—Para ser exactos, me cuesta ochocientos doce dólares. Pero todo está comprendido. Calefacción, comidas a la carta, servidas con montacarga, limpieza, agua, electricidad, nevera, radio... En fin, un departamento amueblado y completo.

El coche penetró en el amplio garaje, y subió la pista de ocho metros de ancho, que, en caracol, iba ascendiendo. En cada rellano de aquella gigantesca espiral, abríanse ocho puertas.

—En los ochocientos doce está también comprendido el uso de garaje particular. Cada piso tiene ocho departamentos, ocho garajes, y casi todos los *Bachelors* (solteros), tienen coche, suyo, o prestado.

—La gran vida. Es insultante.

—¿No será anarquista, verdad?

—Tengo el mínimo talento para comprender que no es de hombres destrozar con bombas aquello que no somos capaces de conseguir.

—Bien dicho.

El coche penetró en una de las ocho puertas que se abrían en el rellano quince. Un pequeño garaje blanco, en su interior.

Descendió Mason, abriendo con un llavín una puerta. Encendió luces. Estaban en un vestíbulo deslumbrante: tapizados granate, mesa y silla de cahoba, un diván, peceras, estatuillas...

Colgó en la percha su abrigo, bufanda, sombrero, y dejó el bastón en el interior de un cilindro de piedra rosa.

—Por aquí, haga el favor.

Roy Curtis, sin quitarse el sombrero, siguió al misterioso Mason, que pasó a un despacho contiguo, amplio, con puerta y paredes acolchadas de cuero marrón.

Paneles de libros, mueble-bar, radiogramola, tres sillones

hondos, un diván, una larga mesa, teléfono de nácar, y una suave tibieza perfumada, como en el coche.

Gregor Mason fue a sentarse, tras la larga mesa.

—Elija el asiento y la bebida que más le gusten.

Roy Curtis, vino a sentarse en la esquina de la mesa, ceñudo.

—Hable ya, Mason. No se juega con un hombre como yo, que está hambriento, rabioso y a punto de cometer un disparate.

—Usted se llama Roy Curtis, tiene veintinueve años, estudió técnica comercial hasta los veintiuno, y...

—Comprenderá, que todo eso ya me lo sé.

—Le ruego un poco de paciencia, Curtis. Le expongo todo, y lo haré crudamente, para que usted me corrija si me equivoco. Yo le voy a ofrecer un asunto comercial, que usted será muy libre de aceptar o rechazar, pero antes hemos de asentar los precedentes. A los veintiún años, fallecidos sus padres, usted se alistó voluntario. Cuatro años de guerra y regresó a Nueva York, licenciado. La Comisión de Ex Combatientes le colocó de subsecretario en una compañía de ventas a plazos. A los cuatro años, fué usted despedido, por un desfalco de tres mil doscientos quince dólares, y hace unos meses, está sin trabajo, porque no tiene certificado de buena conducta. ¿De acuerdo?

—¿Y qué más?

—Demostró valentía, genio agresivo y capacidad de recursos propios en la guerra. En su trabajo era eficiente y bien considerado, hasta que cometió el desliz. Ahora está desesperado, y podría ser usted un delincuente.

—Es posible. Y tal vez sea usted la víctima con la que me estrene.

Gregor Mason asintió, sonriente:

—La víctima existe, pero no soy yo, ni será usted. Déjeme explicarle. Hace tres días, exactamente, estaba usted haciendo cola en la «sopa popular». Le vi... y encargué a un detective privado, muy de confianza, ya que es mi hermano, que le siguiera, y averiguara todo lo concerniente a usted. Esta noche llegó el momento, en que lo necesitaba. Hágame el favor de mirar esta «foto».

Cogió Curtis el marco que le tendía Mason. Una foto de un hombre moreno, de rostro audaz y expresivo.

Roy Curtis, murmuró:

—No soy yo, pero se me parece. Nunca tuve yo un traje así.

—Con un traje como el de la foto, aclarando su cabello, que lleva usted muy largo, afeitándose el bigote, depilando algo sus

cejas, pretextando una afonía en la garganta, usted pasaría muy bien por Dark Scotty.

—¿Dark Scotty?

—Mi patrón. Hace ya una semana que Dark Scotty estaba muy preocupado. Un hombre audaz en sus negocios, pero cobarde físicamente. Y esta noche a las nueve, Dark Scotty cometió la última cobardía. Hágame el favor, Curtis.

Gregor Mason se levantó, abriendo una puerta lateral, que comunicaba con una elegante alcoba.

Roy Curtis miró... y crispó los puños. En el suelo, sobre una blanca alfombra, había un hombre tendido. Tenía el rostro cubierto de sangre.

—Este era Dark Scotty, mi patrón hasta las nueve de esta misma noche.

II

Roy Curtis había visto muchos cadáveres, pero nunca en una alcoba perfumada, sino en el fango, en la arena de un atolón, en la selva de las islas del Pacífico, y también en el asfalto de Nueva York.

Miró a Gregor Mason, que estaba contemplando reflexivamente el cadáver de Dark Scotty.

—¿Por qué le mató, Mason?

—Se suicidó. Sin ser forense, se adivina a simple vista, Curtis. Se colocó el cañón de la pistola en la boca, disparó... y aquí tiene el resultado.

—Su forma de hablar, es odiosa, Mason.

—Odio la cobardía, y Dark Scotty ha muerto cobardemente, dejándome a mí en la estacada. Regresemos al despacho, Curtis.

—Hay que avisar a la policía.

—En efecto. La policía debe ser avisada, si usted no acepta mi ofrecimiento. Pero primero escúcheme.

Estaban de nuevo en el despacho, y Roy Curtis se dirigió en línea recta hacia la licorera. Vertió «Bourbon» en un gran vaso, y añadió soda. Tenía la garganta reseca...

—Dark Scotty se suicidó a las nueve en punto. El disparo no se oyó, porque su despacho es igual a este. Vivía en el contiguo, que comunica con el mío. A las nueve y cuarto, entré a verle. Sé que murió a las nueve, porque al dispararse, su brazo cayó sobre la mesa y se rompió el cristal de su reloj, parando las agujas en la hora en que estaban precisamente al pegarse el tiro.

—Usted odiaba a Scotty.

—No. Le despreciaba. Reconozco que tenía talento para los negocios, pero era un cobarde. Hace ya una semana, esperaba que se suicidase de un momento a otro.

—¿Por qué?

Manejaba numerosos asuntos algo complicados para exponérselos ahora. Buenos asuntos, pero que pedían riñones y aguante. Claro, en sus asuntos, que yo como secretario conozco a fondo, había siempre perjudicados. Hizo perder un par de cientos de miles a Hobart Loring, y éste le visitó. Estaba yo presente. Se limitó a decir a Scotty, que le entregase particularmente los

doscientos mil, y que olvidaría el asunto. Pero Scotty no tenía los doscientos mil... Atienda, Curtis, una aclaración. Scotty era considerado un gran financiero y manejaba millones en órdenes, pero en efectivo tal vez no tenga ni cincuenta billetes de mil, si hubiera que hacer liquidación total.

—Al grano. Usted pretende que yo sustituya a Dark Scotty.

—Así es. Y que muera Roy Curtis.

—Aclare.

—Desvistiendo a Scotty, colocándole sus ropas de usted, y dejándolo abandonado en un rincón desierto del Bowery, el financiero Scotty seguirá al frente de sus asuntos, que los conozco a fondo.

—Es más fácil participar a la policía el suicidio de Scotty, y que siga usted con sus asuntos, puesto que los conoce.

—Es imposible. El suicidio de Scotty acarrearía el pánico, y se derrumbaría todo el tinglado de los negocios; mientras que continuando con éstos, levantándolos y aguantando, podemos hacernos millonarios pronto. Yo soy Gregor Mason, el secretario único y confidencial de Dark Scotty, pero no puedo reemplazarlo ni sustituirlo.

—Me descubrirían inmediatamente.

—¿Quién?

—Cualquiera de la familia de Scotty.

—Sólo tiene una hermana, que lleva tres años en Europa. Escuche, Curtis, si usted vivió en el departamento de Scotty, viste sus ropas, entra en su coche, va a su despacho, y siempre estoy a su lado, todo el mundo verá en usted a Dark Scotty.

Volvió Curtis a beber, y, dejando el vaso vacío replicó:

—Scotty murió a las nueve, y yo a esta hora andaba por ahí. Mi novia me vió a las diez y cinco; en el bar también me vieron...

—Un forense no puede determinar si el suicidio tuvo lugar a las nueve en punto o a las diez y media. Dirá: «Murió, suicidándose, entre nueve y once de la noche». La nieve conservará rígido el cuerpo, retardando la descomposición hasta que sea descubierto, llevando cuanto usted lleva, documentos incluso.

—¿Por qué se mató Scotty?

—Agotado, y creyendo que Hobart Loring llevaría a cabo sus amenazas. Hobart Loring le prometió que le daría una clase de muerte especial. Hobart Loring es un mal bicho...

—El chófer que nos ha traído hasta aquí.

—Sabe de qué estamos ahora hablando, usted y yo. También lo sabe mi hermano, el detective privado. No hay ningún crimen,

Curtis. Es una simple substitución de personalidad, y si nos descubrieran, a lo más que nos exponíamos era a un par de años de cárcel. Pero si usted acepta, nos haremos millonarios. Cartas boca arriba, Curtis. Si yo ahora, tengo que avisar a la policía que venga a recoger el cadáver de Dark Scotty, quedo reducido a Gregor Mason, un individuo que fué secretario del fracasado Scotty, y vuelvo al arroyo, de nuevo a luchar, a hacer cola para la sopa popular, y usted compartirá conmigo las colillas que encontremos.

—Este piso...

—Fachada. Al tener que liquidar los asuntos de Scotty, su hermana heredaría tal vez cincuenta mil dólares, pero yo me quedaría con el traje puesto.

—No acabo de comprender por qué se suicidó Scotty.

—Cobardía, nervios agotados, cansancio mental, los achaques que rondan al financiero tipo Scotty, y que se presentan cuando los riñones fallan.

—Mis riñones no han fallado nunca.

—Eso me parece. No le oculto que hay peligros, porque son bastantes los que odian a Scotty. Para hacerse rico de este modo, hay que encaramarse sobre otros.

—Esto no me importa.

—Son las diez y cuarenta minutos. Hay que trabajar, Curtis; ¿me comprende?

—Acepto.

—Un momento... Fíjese bien, Curtis... Roy Curtis va a enfriarse bajo la nieve, en cualquier rincón del Bowery Roy Curtis está muerto.

—¿Y qué?

—No podemos pensar sentimentalmente. Roy Curtis tenía una novia...

—Hablaré con ella, y guardará el secreto.

Gregor Mason se levantó, sonriendo:

—Buenas noches, Curtis. Olvide cuanto hemos hablado, y telefoneo a la policía.

—Norma callará, porque me quiere.

—Somos cuatro en saber que Scotty ha muerto. Yo, usted, mi hermano y el chófer. No me interesa este asunto, si ha de saberlo una mujer. Usted será Dark Scotty, y cada paso que dé, estará controlado por mí, por mi hermano o por el chófer, pero usted, Dark Scotty, nada hará por su cuenta. Es así.

—No me avasalle, Mason. Usted me necesita.

—Claro. Por eso le he traído. Pero si persiste en ser Roy Curtis,

ya nos volveremos a ver en cualquier cola.

—La pobre me quiere mucho, y yo también. Sería capaz de suicidarse, si cree que el cadáver de Scotty es el mío.

—Respeto los ajenos sentimientos, es más, de ellos he vivido, porque los sentimentales proporcionan buenos beneficios, aunque en este caso, salgo perjudicado.

—Es usted un cínico.

—No lo discuto. El tiempo apremia, Curtis.

—En el fondo, si sigo en el pellejo del mísero Curtis, ella sufriría. Y tal vez...

—Cuando usted tenga un millón, vaya por ella, explíqueme todo, y se casan. No tema por ella. Mi hermano la vigilará los primeros días, para evitar que se suicide. ¿Cómo tengo que llamarle...?

—¡Dark Scotty!

—Como usted mande, señor.

—Me resulta usted repulsivo, y no me fío ni un pelo de usted.

—Algo así le pasaba a Scotty, pero reconocía que yo era un modelo de secretario. ¿Quiere el señor pasar a su departamento? Debe desnudarse. Sígame, haga el favor.

Instantes después, Roy Curtis vestía la ropa de Dark Scotty. Le venía algo estrecha.

—El garaje en casa es una ventaja —comentó Mason—. Usted cogerá por los pies a Scotty. Yo por los sobacos. Mi hermano certificará que en los dos pisos no quede huella alguna. ¿Vamos, señor?

—Llámeme Cur... Scotty a secas.

—Debe acostumbrarse el señor, a oírme llamarle señor.

—¡Maldita sea! ¡Vamos ya!

Alguien había envuelto el rostro de Dark Scotty en una esponjosa toalla. Roy Curtis asió por las piernas el cadáver, y Gregor Mason demostró buenos músculos al izar por los sobacos el cuerpo flácido.

En el garaje, el chófer, gorra en mano abrió la portezuela posterior.

—Al Bowery, Bromfield —indicó Mason, cuando el cadáver quedó tendido sobre la manta dispuesta en el suelo.

Los zapatos de Curtis rozaban las piernas del muerto.

—El chófer se llama Jim Bromfield, señor.

—Cállese ahora, Mason. Estoy nervioso...

Gregor Mason se calló. Encendió un cigarrillo. El coche descendía la espiral, y resonó el «clakson» al llegar al último rellano. Alguien maniobró en el cerrojo eléctrico que abría la puerta

de la calle.

Roy Curtis pensaba en Norma Randal. Dijo de pronto:

—Mañana es Nochebuena, Mason. Podría ir con mi novia, y a partir de las Navidades, haré lo que usted quiera.

—Lo siento, señor. No puede ser. Comprenda que el cadáver de Roy Curtis está en camino de un Rincón del Bowery, junto al río.

—La policía puede averiguar que el muerto no es... Roy Curtis.

—Sus documentos, su ropa, su parecido... además, el rostro medio destrozado, no impide la identificación, pero ayuda a completar la personalidad del mísero Curtis.

—Roy Curtis no se perfumaba ni se hacía la manicura.

—Mi hermano ha estado trabajando, confiando en que usted aceptaría. Las uñas del cadáver están sucias, así como sus pies y cuerpo. Mi hermano es muy inteligente y se ha comportado exactamente como era de esperar en quien sabe lo que hará el médico forense, para identificar al suicidado. Mañana la Prensa, en un par de líneas, dirá, que fue encontrado el cadáver de Roy Curtis, que se suicidó. Esto, suponiendo que sobren dos líneas en los periódicos.

—Podría yo escribir a Norma, diciéndole que he encontrado un trabajo en el Canadá, y que me he ido, pero que volveré para casarme con ella.

—Lo siento, señor. No puede ser. Roy Curtis está muerto.

—¡Me dan ganas de romperle la cara, maldición!

—Piense en el millón como mínimo; piense que dentro de dos o tres meses, usted será rico, y podrá casarse con ella. No tenga aprensión, porque mi hermano ya cuidará de que Norma Randal no cometa ninguna tontería. Mi hermano es muy inteligente. ¿Dónde, le parece mejor abandonar el cadáver de Roy Curtis, señor?

—¡Calle, condenado! Haga lo que mejor le parezca.

—Gracias, señor. ¡Jim! —llamó Mason, por el acústico—. Elija usted el sitio más desértico del East River, y que fácilmente pueda servirnos.

Volvió a colgar el acústico.

—No será preciso que baje, señor. Jim y yo cuidaremos del transporte.

Cuándo el coche se detuvo, Roy Curtis tenía los ojos cerrados. Gregor Mason podía ser un cínico pero era el hombre que le daba la oportunidad de enriquecerse. No había crimen...

¿Norma?

Momentos después el coche volvió a arrancar.

—Mala noche. La nieve es menuda, pero constante, señor. Le

recomiendo volvamos al piso, para afeitarse, y que Jim se ocupe de arreglarle el cabello. Es peluquero, masajista y se cuidaba del entreno gimnástico del señor.

—Cuando estemos a solas, no veo la necesidad de esta comedia.

—Hay que acostumbrarse, señor. ¡Al piso del señor, Jim!

—Escuche, Mason. Y fíjese bien en lo que le digo. Por mí, puede haber perjudicado Scotty a un millón de seres. Eso no me importa. Pero si Norma Randal comete... sufre algún daño irreparable, yo le juro que le mato. No se ría o...

—No me río, señor. Usted me ayuda, yo le ayudo. Mi hermano se cuidará de que nada le pase a Norma Randal.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Steve. Ahora lo conocerá personalmente.

En el piso idéntico al ocupado por Mason, Roy Curtis se tendió en la bañera. El chófer Jim Bromfield, en mangas de camisa, acababa de colocar bajo la barbilla de Curtis un cerco de pulido metal, que se cerraba en la nuca.

Enjabonaba el rostro de Curtis. En un taburete se sentara Gregor Mason.

—Scotty se hacía afeitarse y cortar el cabello en la bañera. Un modo de ganar tiempo... ¡Hola, Steve! Le presento a Steve Mason, señor.

Roy Curtis miró al que acababa de entrar; No se parecía en nada a su hermano Gregor.

Alto, delgado, moreno, vestía sencillamente, y su rostro era hermoso, con negros ojos amables. No sonrió, limitándose a decir:

—Tanto gusto, señor.

—Creo que el señor quiere advertirte algo muy importante, Steve.

Roy Curtis apartó la mano de Jim Bromfield, y se incorporó a medias.

—Para cualquiera esto sería casi gracioso, pero no para mí. He aceptado porque quiero dinero, y sean *gangsters*, viudas, o ancianos arruinados, los que odian a Scotty y quieran matarlo, esto me tiene sin cuidado. Pero hay un punto, que debo dejar bien claro. Ahora somos cuatro socios...

—Perdón, señor —atajó Gregor, Mason—. No hay socios, sino una alianza sólida, que cesará cuando yo pueda dar a cada uno de ustedes la suma de un millón en efectivo. La palabra socios trae mala suerte, y le ruego señor, respete esta debilidad. Soy algo supersticioso.

—A lo que iba, Steve Mason. Su hermano confía mucho en

usted. Me ha asegurado que usted cuidará de que nada le ocurra a Norma Randal. Y yo he aceptado con esta condición. Si Norma... pone fin a su vida, ¡juro que mataré a Gregor Mason! ¿Entendido, Steve Mason?

—Entendido, señor. Desde este momento iré a ocuparme de que Norma Randal soporte la primera impresión cuando reciba la noticia. Confíe en mí, señor.

Se marchó Steve Mason. Jim Bromfield siguió enjabonando el rostro de Curtis.

—Esta noche dormirá poco el señor —dijo Mason—. Tendré que irle adaptando a las costumbres de Dark Scotty. No es necesario que se cuide usted de penetrar en todos los asuntos complicados y financieros. Cualquier visita, la recibo yo, y generalmente, el señor Scotty delegaba en mí, el contestar a determinadas preguntas. De momento, mientras Jim se ocupa de convertir su aspecto físico en lo más exactamente ajustado al de Dark Scotty, yo iré explicándole lo que podríamos llamar el íntimo «yo» de Dark Scotty, sus costumbres, y sus manías.

III

Hobart Loring había traficado en muchas cosas, rozando siempre el código penal, y en distintas ocasiones teniendo que matar para salvarse, pero siempre con una habilidad prodigiosa, que le permitía vivir como un próspero hombre de negocios, considerado por la sociedad.

Alto y fuerte, era el clásico ejemplo de que un alma negra se oculta muchas veces bajo una apariencia saludable, noble y amable.

Hobart Loring estaba orgulloso de su aspecto recio, muy semejante al jefe militar inglés, cantado por el poeta Kipling: «don de mando, porque nació águila»...

Eran las nueve de la noche del día veintitrés de diciembre. Hobart Loring, en su residencia de la calle 82, apacible, muy apropiada para un sibarita como él, estaba junto al teléfono.

En la salita, de exquisitos refinamientos, que proclamaban que Loring había viajado mucho por Europa, había otro hombre.

Desentonaba en aquella sala, porque si bien Loring era atlético y nada tenía de débil, producía sin embargo la impresión de ser un hombre casi afeminado, ante su visitante.

No es que Randolph Ventura, tuviera aspecto de brutalidad y desaliño. Era más bien un *gangster* elegante, y su rostro era casi guapo, pese a la cicatriz que atravesaba, su pómulo izquierdo. Unos grandes ojos negros, adormilados, cuya expresión a veces podía cambiar, tornándose agudamente cruel.

Hacía ya cinco minutos que había entrado en la salita, limitándose a desear las buenas noches, y sin añadir nada más, permanecía sentado, en silencio, y el imaginativo Loring tenía el secreto pensamiento de ser un oso acechado por un gato montés.

Miró Ventura su reloj pulsera, gesto que imitó Loring. Éste descolgó el teléfono, y marcó un número. Esperó unos instantes y por fin debió establecerse la comunicación, porque preguntó:

—¿Scotty?

Al otro lado del hilo, contestó Gregor Mason:

—Su secretario particular al habla, señor.

—Soy Loring.

—Buenas noches, señor Loring.

—Llame a su patrón.

—En estos momentos se está bañando, señor.

Y Gregor Mason, miraba sobre el despacho, el inclinado busto del que acababa de suicidarse.

—Usted, Mason, conoce a fondo los asuntos de Scotty. Sabe, por lo tanto, que habíamos quedado en que esta noche, a las nueve en punto, él me llamaría. No estoy dispuesto a que Scotty, me tome por una de sus víctimas? Jugar conmigo puede salirle muy caro. Dígaselo así, Mason, y adviértale también, que si antes de la medianoche, no tengo noticias, lo lamentaré.

Colgó Loring, y miró con cierta aprensión a Randolph Ventura, el cual se estaba colocando unos guantes especiales.

La visión de aquellos guantes, estremeció a Loring, que dijo apresuradamente:

—A la medianoche, esto se arreglará, Ventura.

Despaciosamente, Randolph Ventura, se abrochó el guante izquierdo. Eran de piel marrón brillante, y en los nudillos formaban bultos amortiguadores.

Se levantó, y al hacerlo quedó a dos pasos de distancia de Loring, el cual medía veinte centímetros más que el *gangster*, pesando también unos veinte kilos más.

Y sin embargo, se veía que el habitualmente valiente Hobart Loring tenía un miedo indecible.

—Creo que voy a tener que zurrarle, Loring —dijo amablemente Ventura, con entonación indiferente.

Hobart Loring se pasó la lengua por los resecos labios, mirando hacia la puerta, donde los dos acompañantes del *gangster*, si bien invisibles, estaban al acecho.

—Deme unas horas, Ventura, por favor, se lo ruego... Los negocios de magnitud, tienen a veces contratiempos...

Randolph Ventura gozaba infundiendo miedo. Quedó inmóvil, diciendo:

—Pongamos los puntos sobre las íes, Loring. Es la última vez que le refresco la memoria. Hace exactamente siete noches, vine a visitarle, porque yo no tengo contacto directo con los bien situados. Le dije que alguien me había ofrecido una buena cantidad, si obtenía algo muy difícil.

—Y es muy difícil.

—Pero usted me aseguró que un conocido suyo, un tal Dark Scotty, podría conseguirlo, pero que sólo trataría él con usted, porque era muy prudente, y no se avendría a tratar conmigo, un fugitivo de la justicia. Estipulamos que usted percibiría trescientos mil, cuando estuviera en mi poder el simple contenido de una

probeta de química. Algo sencillo. Un tubo de cristal en cuyo interior hay un líquido. Nada más.

—Pero...

Con una velocidad prodigiosa el puño izquierdo de Randolf Ventura, se proyectó en gancho feroz, conectando plenamente con el plexo solar de Hobart Loring, que, llevándose las dos manos al estómago, vaciló, cortada la respiración, inclinándose hacia delante.

La diestra enguantada del *gangster* golpeó en la frente al inclinado Loring, haciéndole desplomarse en un sillón.

—Cuando yo hablo, no me haga objeciones irrazonables, Loring. Insistió en que era algo muy sencillo para usted, el obtener aquel tubo con un líquido, por cuanto usted, al regreso de su entrevista con Dark Scotty, me pidió doscientos mil. Era según me dijo, la cantidad que pedía Dark Scotty para sobornar a los vigilantes del laboratorio donde está el líquido que interesa a mi cliente. Yo le entregué los doscientos mil. Usted me juró que esta noche, a las nueve, tendría la probeta. Yo no soy ningún primo, Loring. Tanto me da ser atrapado por diez que por cien. Si me cogen, me llevarán a la silla. Me he prometido que no me cogerán, y por lo tanto, no tengo talante para ser una víctima más de sus sucios manejos. Hable.

Fatigosamente, Hobart Loring, apoyaba la diestra en el estómago, habló con los ojos inyectados en sangre de resultas del último golpe, sabiamente administrado:

—Scotty no puede jugar sucio conmigo. Yo... con usted jugué limpio, Ventura. Se lo juro.

—No quiero babeos sumisos, sino algo efectivo. Los doscientos mil que le entregué, eran buenos billetes.

—Se los di a Scotty. Y él me juró que esta noche, a las nueve, estaría aquí con la fórmula. Le advertí que de no cumplir, sabría lo que era morir en lenta agonía.

—Las agonías no valen doscientos mil, Loring. Escuche... Como no es un asunto exclusivamente mío, y en consideración a mi cliente, le doy un nuevo aplazamiento. Esperaré hasta mañana, a las nueve de la noche. No pretenda huir, porque tengo uno de los míos, vigilándole. Si mañana por la noche, a las nueve, no me entrega usted el líquido, perderá trescientos mil, y el pellejo.

Randolf Ventura se fué quitando los guantes lentamente, añadiendo:

—Ni bala, ni atropello, ni cuchillo, Loring. Me calzaré los guantes, y durante unas horas, usted irá convirtiéndose en una pulpa informe. Lo mismo le sucederá, si cree desembarazarse de mí,

avisando a la policía. Eso ya se lo advertí. A mí me cogerá la policía, pero alguno de los míos, daría al F.B.I., las pruebas innegables de unos cuantos crímenes, en los que usted intervino directamente.

—Mañana, a las nueve de la noche, usted tendrá la probeta, Ventura. Ya sabré yo entenderme con Scotty.

El *gangster* se dirigió hacia la puerta. En el umbral, se giró:

—Oiga, Loring, si mañana al mediodía, con sus propios medios no ha obtenido nada, ya sabe dónde puede encontrarme. Tal vez yo y mis ayudantes podríamos ir con usted a hacerle otra visita a Dark Scotty.

Hobart Loring, al quedar a solas, perdió el dominio de sus nervios. Durante unos instantes imprecó, maldiciendo en todos los tonos del que en aquellos momentos, ignorándolo él, estaba muerto.

Roy Curtis afeitado, cortado el cabello, bañado, masajeado, y vestido con un *smoking* de buen corte, pasó al despacho del departamento propiedad de Dark Scotty.

Eran la una menos veinte de la madrugada del veinticuatro.

Gregor Mason comentó:

—¿No quiere usted cenar, señor?

—Tengo hambre, pero esto me despierta los sentidos. Ahora, más o menos, sé cómo hablaba Scotty, y a qué se dedicaba. Era un verdadero cerdo. Pero eso no me importa. Quiero un millón, y lo tendré. Usted no me engaña, Mason. Creo que usted comprenderá que no me asusto fácilmente. ¿Qué pasa con la llamada telefónica de Hobart Loring?

—Llamó al señor, unos segundos después que éste se saltara los sesos. Amenazo, afirmando que sólo esperaría hasta la medianoche.

—Bien. Pasan ya cuarenta y tres minutos. Defíname a Hobart Loring.

—Impecable en apariencia, pero un mal bicho. No tengo pruebas, pero sé que ha matado, cuando alguien le impedía ganar unos miles.

—¿Qué quiere de Scotty, en definitiva?

—Vino hace seis días, ofreció cien mil dólares para una operación que podríamos llamar de espionaje comercial. Tal vez usted ignore, que el espionaje no consiste solamente en obtener planos de guerra, armamento, fórmulas de destrucción. Hay también inventos que pueden producir millones. Hobart Loring

explicó al señor, que en un laboratorio de las afueras, instalado en una granja, había un individuo que trabajaba para una sociedad de productos farmacéuticos. La granja está al borde del Hudson, y de allí, el científico que se llama Jame Adams, saca un determinado pez, al cual le extrae cierta víscera, con la cual está a punto de conseguir una determinada vitamina muy esencial y que escasea mucho. Scotty se comprometió a averiguar qué pez era, qué víscera, y una muestra de lo que Adams obtiene.

—¿Por qué Loring no actuó directamente con Adams?

—En la granja hay cinco policías privados al servicio de la sociedad farmacéutica para la que trabaja Adams. Son tipos decididos, y a la que estallara al primer conato de ataque, Adams, destruiría su trabajo, o se encerraría en el laboratorio que está a prueba de bombas. Dark Scotty era íntimo amigo de Adams, y le visitaba.

—Entonces, ¿por qué se suicidó?

—Prometió algo que no podía cumplir, porque Adams, siendo su amigo, es de los que tienen un sagrado concepto de su ciencia.

—Y Scotty, necesitando los doscientos mil...

—Eso es. Los cogió, diciéndole a Loring, que necesitaba cien mil más para sobornar a los policías. Empleó los doscientos mil en mantener un alza sobre unas acciones. Pero llegó al límite de su resistencia. Todo se le antojó invencible.

—¿Que amenazas hizo Loring?

—Que le torturaría en forma inhumana, porque él no iba a ser una víctima más del «Vampiro de Nueva York».

—¿Por qué llamaban así a Scotty?

—Hizo el primer dinero, chupando pequeños ahorros de ambiciosos empleados y montando una sociedad magnífica... Supo quedarse con todos los ahorros de una forma legal. Después, hizo chantajes sabios... En fin, cuantos tuvieron trato comercial con él, le llaman «el Vampiro».

—¿Hobart Loring, hasta dónde es capaz de llegar?

—Hasta el límite máximo, señor. Tenía influencia sobre Scotty. Lo acobardaba. No sería excesivo suponer que en las próximas horas, Loring intentará lo que sea... menos matarle, porque no se mata la gallina de los huevos de oro, a menos de que se quede clueca.

—¿Hay posibilidad de obtener la fórmula de Adams?

—No creo.

Roy Curtis se dirigió al mueble-licorera. Se sirvió *whisky*. Agitó el largo vaso, y a su trasluz contempló a Gregor Mason.

—Las cosas sin turbiedad, Mason. Usted no me engañe, si quiere que logremos lo que nos proponemos.

—No pienso engañarle en nada, señor. Tanto así, que puedo anticiparle que, desde ahora, usted no dará un solo paso, no escribirá, no telefoneará, sin que yo, mi hermano, o Jim, lo sepan.

—Bien. Quiero cenar, donde mejor se cene. Esta americana carece de algo muy preciso. Una cartera con billetes.

—En los sitios frecuentados por Scotty, le aceptan pagarés de liquidación a treinta días. Tome estos cientos para las propinas, señor. ¿A dónde acompaño al señor?

—Al club de noche más apreciado por «el Vampiro».

—El «Diamond Horseshoe», el cabaret de Billie Rose, donde hay las piernas más bonitas de Nueva York.

—No.

—El «Stork Club», es el favorito de las damitas que se visten de largo, y quieren conocer la vida nocturna. Está Siempre concurrido por periodistas, boxeadores, campeones de pelota-base y estrellas.

—No.

—Iba también al «Roseland». Excelentes orquestas, «taxi-muchachas», muy correctas y bien educadas. Visten de terciopelo negro, y cualquiera de ellas puede posar para la Venus de Milo. Cada diez centavos dan derecho a estar dos minutos con una de ellas, bailando o conversando. Iba allí a veces el señor, cuando se sentía ahído de sociedad.

Tocaron en la puerta y Jim Bromfield entró. Miró a Curtis.

—¿Qué quiere, Bromfield?

—He de advertir al señor, que cumpliendo órdenes del señor Mason, he estado vigilando la calle. Acaba de bajar de un coche, el señor Hobart, Loring, acompañado de dos desconocidos. Ha tomado el ascensor de las visitas.

—Bien. Usted, Bromfield, vaya a la sala contigua. Usted, Mason, quédese aquí. Cuando entre Loring, no venga aquí, Bromfield. Y ni usted ni Mason harán nada, si yo no lo ordeno. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dijo Bromfield, a la vez que salía, acudiendo a la larga llamada del timbre.

Gregor Mason señaló el cajón izquierdo del despacho, tras el que estaba Roy Curtis.

—Hay una automática con silenciador, señor. Desconfíe de Loring. Es un mal bicho.

—Abra la puerta. Quiero verle llegar.

Gregor Mason abrió la puerta, apartándose. Roy Curtis, sentado, vió por vez primera a Hobart Loring, tras el que venían dos

individuos, de anchas espaldas, y rostro poco amable.

Hobart Loring miró en rededor, y tras él. Después, señaló dos rincones del despacho a sus acompañantes.

—Hola, Scotty —dijo incisivamente.

—Hola.

—¿Qué te pasa? Tienes voz de bajo.

—Pillé un resfriado.

—Cuídate, querido. Tu salud me es muy preciosa.

—¿Quiénes son esos dos tipos?

Cerró Loring la puerta, adosándose en ella. Miró a Mason.

—Usted no querrá meterse en esto, ¿no es cierto, Mason?

—Yo estoy a las órdenes del señor.

Avanzó Loring unos pasos, hasta detenerse ante la mesa despacho, sobre la que apoyó las manos desnudas. Dejó en el cristal la huella sudorosa de sus yemas.

—Vengo dispuesto a todo, Scotty. Si tu chófer o tu secretario, intervienen, para cada uno de ellos, he traído a esos dos. Tú y yo, vamos a hablar a solas.

—¿Por qué no? Mason; abra la puerta, y quédese con Bromfield en la otra sala... y con esos dos mastines. Los asuntos de Loring y míos, son privados. Ustedes cuatro no necesitan pelear, pase lo que pase.

—Bien, señor.

Gregor Mason abrió la puerta, y tras él salieron los dos acompañantes de Hobart Loring, el cual, sentándose, comentó:

—Has cambiado, Scotty. Casi pareces muy hombre.

—Al grano, Loring.

—Sigue conservando las dos manos sobre la mesa... Hace dos años, en cierta ocasión, te pegué una paliza... Creo que voy a propinarte otra. Voy a romperte un hueso...

—Mejor será que lo pienses detenidamente.

Extrañado, Hobart Loring frunció las cejas.

—Hay algo en ti, distinto... Parece como si hubieras domesticado tus nervios.

—Tomo inyecciones calmantes. Al grano.

—Yo te di doscientos mil... Nunca supuse que me tomarías a mí por uno de esos infelices que enredas fácilmente.

—Adams es duro de pelar.

—Mañana es Nochebuena, Scotty.

—Hoy. Son ya la una y dos minutos.

—Si al mediodía no tengo la fórmula, te destrozaré. He venido con estos dos, para evitar cualquier arrebato de Mason o de

Bromfield, tus matones. Te destrozaré, Scotty, si al mediodía no tengo la fórmula de Adams.

—Me parece que necesitaré más tiempo, Loring.

—¡No! El que me paga, me ha dado hasta las nueve de la noche de hoy.

—Por lo visto, le tienes mucho miedo al que te paga.

—Casi el que tú me tienes.

—Eso era antes —dijo calmadamente Roy Curtis, levantándose, y yendo hacia el mueble-licorera—. Un trago no te vendrá mal, Loring. Estás rabioso.

—Tú... ¡estás drogado! No me hablarías así en estado normal.

—La droga que tengo, es un injerto nuevo de una sustancia que cita mucho Mason. Se llama riñones.

Abalanzándose, Hobart Loring asió por las solapas a Roy Curtis. Lo mantuvo firmemente, y rostro contra rostro, escupió:

—¡Te voy a zarandear como un pelele!

Roy Curtis, fríamente, replicó:

—Quítame las manos de encima.

Alzó repentinamente Loring la mano izquierda, dispuesto a propinar una serie de bofetones... Retrocedió, al recibir en el pecho un seco puñetazo.

—Con calma y buenos modos, Loring.

Rugiendo, Hobart Loring volvió a lanzarse, pero esta vez con precaución, adelantando su puño izquierdo hacia el rostro del que se estaba comportando con excesiva serenidad.

Roy Curtis tenía la experiencia adquirida en el campo de entrenamiento del ejército expedicionario, preparado para salir hacia las islas del Pacífico.

Asió la muñeca izquierda de su adversario, y esquivando el rápido, directo de derecha, colocó su hombro, dando media vuelta, bajo el sobaco de Loring, el cual de pronto se vió proyectado por encima de las espaldas de Curtis, quien amortiguó la caída de Loring, reteniéndole un instante por el brazo.

En el suelo, sobre las espaldas, Hobart Loring sacudió la cabeza, para despejarse. Miró el pie calzado con charol reluciente, que estaba ante sus narices.

—Podría darte un puntapié, Loring, pero no quiero hacerte daño. Estamos hablando de negocios, y no somos descargadores del puerto, riñendo por un vaso de vino tinto.

Hobart Loring perdió otra vez el control de sus nervios. Exasperado, se abrazó a las dos piernas de Roy Curtis. Era fuerte, y estaba entrenado en deportes violentos.

Cayó ahora de espaldas Curtis, y al enderezarse Loring, esquivó por centímetros el furioso puntapié destinado a su rostro.

Le cogió la pierna, y retorció, sin poder evitar que el puño derecho de Loring le alcanzase en la nuca. Medio, aturdido, logró derribar a Loring, y en intenso forcejeo, rodaron abrazados, hasta que Curtis, quedó encima de su contrincante.

Le atenzó fuertemente con las rodillas los costados, apretando contra ellos los brazos, e inerte se le ofreció el rostro de Loring.

Alzó un puño.

—¿Lo ves? Me bastaría con dejarlo caer sobre tus narices, pero no te tengo rencor. Comprendo que estés rabioso con... conmigo. No vuelvas a intentar asustarme. Ya no soy el de antes, Loring.

Saltó ágilmente en pie, añadiendo:

—Tú pagaste doscientos mil, y es justo que quieras la mercancía. Pero debes darme un poco más de tiempo.

Hobart Loring, en el suelo, tenía el semblante contraído en furia rencorosa. Mientras Curtis se recomponía el cuello, el nudo del lazo, y la caída de sus solapas, Loring sacó rápidamente una pistola, encañonando con ella a Curtis.

—Voy... a matarte, cerdo.

—Estás loco, y has perdido el juicio, Loring. Yo obtendré la fórmula de Adams, si me das... ¡Basta ya!

Había adivinado que ciego de furia, Loring iba a disparar. Su puntapié fué certero, porque salió primero de costado. La muñeca derecha de Loring, crujió, a la vez que de su mano caía la pistola, disparándose contra el techo...

El acolchonado especial de los tabiques amortiguó el estampido, que en las otras salas, sonó como un taponazo de champaña...

Gregor Mason en la sala contigua, habló:

—Quieto, Bromfield. Estos señores y nosotros, nada tenemos que ver con lo que allí dentro sucede. órdenes del señor.

Los dos «alquilados» por Loring, asintieron, y uno dijo:

—Nosotros nada tenemos que ver con lo que allí dentro sucede.

Hobart Loring, sujetándose con la mano izquierda, la rota muñeca, gemía de dolor... Sentado en el suelo, trataba de levantarse.

Roy Curtis se acercó, inclinándose.

—Te lo buscaste por estúpido, Loring. Vete a tu casa, y aguarda mi aviso. Tendrás la fórmula, porque estoy dispuesto a hacer honor a los compromisos de Dark Scotty, sean los que sean. Pero no estoy dispuesto a tolerar amenazas; ¿te enteras?

Le ayudó a levantarse, añadiendo:

—Dos tablillas, un vendaje y enyesado, en cualquier dispensario te lo harán. Y la próxima vez que vengas dispuesto a meterme miedo, recuerda que te puedo romper un hueso.

Hobart Loring, en silencio, pensó en Randolph Ventura, con el cual vendría a visitar al que ahora le hablaba, y al que estaba odiando con toda su alma.

Con Randolph Ventura, no se sentiría Dark Scotty tan distinto a como habitualmente estaba delante de él. Gimió, mientras Curtis le empujaba hacia la puerta, que abrió, anunciando:

—El señor Loring y yo hemos terminado por esta noche. Resbaló, y cayó. Nada de particular. Ustedes pueden ir saliendo. Diles que salgan, Loring.

—Fuera... —gimió Loring.

Los dos «alquilados» obedecieron prestamente. Roy Curtis siguió enlazando por el codo izquierdo a Loring, hasta la puerta del piso.

—Cuídate, Loring. Y cumpliré... sí no vuelves a amenazarme.

Hobart Loring nada replicó. Cerró Curtis la puerta, regresando al despacho, donde Mason entró con Bromfield.

En el suelo estaba la pistola de Loring, que con ayuda de un pañuelo recogió Gregor Mason, colocándola envuelta en él, dentro de uno de los cajones de la mesa.

—Mañana, a las nueve, es el plazo que tiene Loring para entregar la fórmula al que le paga.

—Es imposible, señor, obtenerla, en tan poco tiempo. Con usted, llegaremos a lo que nunca podría haber logrado Scotty, pero un día de tiempo es poco.

—¿Qué pasos dió Scotty, con respecto a Adams?

—Solamente le visitó para estudiar las posibilidades, y vió que no había ninguna.

—Yo visitaré mañana a Adams. ¿Qué pasa, Bromfield?

—Permítame preguntar si sospechó algo Loring, señor.

—Se extrañó, pero me creyó drogado. Está convencido que soy Scotty. Y me agrada haberlo comprobado. Vamos a cenar, Mason.

En el coche, Gregor Mason insinuó:

—Puede existir un medio de eliminar a Loring, señor.

—No soy un criminal, y téngalo presente una vez por todas. Yo obtendré la fórmula de Adams. Puedo robar, pero no mataré... si no es para defender mi piel. O también... si Steve Mason no cumple su compromiso.

—Cumplirá. Usted vale mucho, señor.

—Un millón. Ni un centavo más.

El coche se deslizaba por el asfaltado de la Sexta Avenida,

rutilante de letreros luminosos.

Pensó un instante Curtis en Norma Randal. Crispó las mandíbulas. No podía ya volverse atrás. Quería un millón... y después, Norma Randal sería su esposa.

—¿Adónde, señor?

—A cenar, donde no haya una sola mujer.

—¡Jim! —hablo por el acústico Gregor Mason—. ¡Al «21» de la calle 52!

Explicó:

—Es el único sitio de Nueva York, donde está prohibida la entrada a las mujeres, así sea a la misma Presidenta. Lo han intentado muchas, por aquello de la curiosidad, que perdió a las esposas de Barba Azul, pero en la puerta, única, hay dos señores muy hábiles en comprobar por el tacto, si bajo el *smoking* hay una anatomía femenina.

—Calle, Mason; su dulce charla me empalaga.

—A la orden, señor.

El «21», club de noche para hombres solos, no tenía ni orquesta. Pero las salas de juego y el restaurante, estaban siempre repletos. Una cocina exquisita, calma, y servidores chinos en todas las salas.

A las dos y media, terminada la cena, en compañía de Gregor Mason, Roy Curtis pasó a una sala de *poker*.

Alguien se levantó de una mesa, acudiendo a su encuentro:

—Vaya, vaya, con Scotty... —dijo el rubicundo desconocido—. ¿Serías capaz de jugar al *poker* conmigo?

Replicó, rápidamente, Mason:

—El señor está de mal humor, Beket. Una noche negra.

—Vaya, vaya... ¿Será la conciencia, Scotty?

Roy Curtis, sin replicar, atravesó la sala, abandonando el club. Al entrar en el coche, miró la cortina de nieve cada vez más densa, y vio con la imaginación el cuerpo muerto de Dark Scotty, «el Vampiro de Nueva York», vestido con las ropas suyas, y sus documentos, cubriéndose, lentamente de nieve en un rincón desierto del mísero Bowery.

—A casa, Jim —y mirando a Gregor Mason, añadió:

—Quiero dormir, pero usted estará despierto. Sería posible que Loring viniera a tratar de convencerme con medios violentos. Ha citado al que le paga, como si se tratara de un demonio. ¿Sabe quién es, usted que todo lo sabe?

—No, señor. Pero Jim y yo, velaremos por turno. ¿A qué hora se despertará el señor?

—A las nueve. Tráigame el periódico, y piense algún plan para

quitarle a James Adams, su fórmula. A ser posible, me gustaría tener esta fórmula, antes del mediodía.

—¿Piensa el señor darle gustó a Loring?

—Pienso apartar los obstáculos en mi camino hacia el millón. El primer obstáculo es Loring. Y supongo que habrá muchos más. Para que en Nueva York llamen «Vampiro» a Dark Scotty, ha tenido que cometer muchas suciedades. Creo que cuando tenga el millón, lo habré sudado bien. Usted no me ha propuesto ninguna ganga.

—Una lotería... y puede sacar premio, porque usted tiene muchos riñones, señor.

En el piso, Roy Curtis, en pijama, se deslizó entre las sábanas. Y al cerrar los ojos, no pudo evitar el pensar en el cuerpo cubierto de nieve de Dark Scotty... y en la desesperación de Norma Randal.

IV

A las siete de la mañana, dos agentes de uniforme, dejaba en el suelo del Depósito de Cadáveres del Bowery, una camilla.

El médico de guardia, leyó el informe pericial de levantamiento. Su ayudante levantó la tela que cubría el cuerpo rígido. El médico se colocó en el bolsillo de la bata el informe.

Los dos policías, fueron a sentarse en un rincón. El médico empezó su cometido, cuando el ayudante hubo colocado sobre la mesa el cuerpo helado.

—Calor —pidió el médico—. Bolsas alrededor del cuerpo. Este hombre está frigorificado. Hasta el sombrero parece de piedra.

A la media hora, el médico, lavándose las manos, dictaba a su ayudante, mientras los dos policías esperaban:

—«...evidente suicidio, con fractura de maxilares y alojamiento de bala en hueso craneal, habiendo procedido a suturas, de recomposición para permitir la identificación. El suicidio tuvo lugar entre las ocho y doce de la noche última.»

Al entregar su dictamen a los dos policías, preguntó el médico:

—¿Registraron sus ropas?

—Todo se hizo como siempre, doctor. El teniente Riley, que estaba de guardia, encontró en los bolsillos un documento en funda impermeable, de las del ejército, a nombre de Roy Curtis. Está investigando, y vendrá de un momento a otro.

El teniente. Sam Riley hizo las rutinarias investigaciones, y a las nueve de la mañana, saludaba al médico que había hecho la autopsia del cadáver de, Dark Scotty.

El ayudante tiró de la manilla que hacía resbalar el cajón de la cámara especial del Depósito. Sam Riley miró el rostro «recompuesto» de Dark Scotty.

—Pueden identificarlo. Buena labor, doctor.

—La bala se alojó en un hueso, después de originar la hemorragia. Era difícil arreglarle el rostro, pero creo que ha quedado bien. ¿Hay algo raro en este suicido, teniente?

—Por ahora, nada. Roy Curtis buscaba trabajo, y no lo encontraba. Tuvo un mal momento, debido a que le gustaba jugar a las carreras. Fue una lástima, porque cumplió bien en la guerra. No fué a la cárcel, precisamente por su buen comportamiento anterior.

Desde entonces, iba rodando la mala pendiente del «sin trabajo», carente de buenos antecedentes. Un caso más y corriente.

Ambos se aproximaron al radiador central de la oficina exterior.

—Vamos a tener una Nochebuena bastante despejada, doctor. Ha sido mejor que nevara toda la noche... Ya viene.

—¿Quién?

—La novia de Curtis. La mandé buscar para identificar a Curtis. Un instante molesto; ¿verdad, doctor?

Norma Randal se sostenía en el brazo de un policía, que la encaminaba hacia el teniente Riley. Sam Riley se endurecía con los delincuentes pero lamentaba muchas veces los momentos desagradables de su profesión.

—Buenos días, señorita Randal. Roy Curtis tuvo un accidente, y quisiera que usted lo identificase.

Sam Riley prefería las que lloraban y gritaban, porque se desahogaban. Pensó que tal vez aquella muchacha de grandes ojos y blanca faz, no quería mucho a Roy Curtis.

—Por aquí, hágame el favor, señorita. No se abandone a los nervios, y si lo desea, apóyese en mí. Será tan sólo un minuto. Simplemente verificar si el cadáver...

Norma Randal temblaba convulsivamente, y el doctor intervino:

—Tome este sorbo de brandy. Le hará bien.

Bebió, ella maquinalmente, porque su cuerpo parecía carecer de reflejos, y vió cómo el ayudante atraía el largo cajón de lo que sembraba un gran archivo.

El rostro recosido de Dark Scotty apareció primero. Llevaba la ropa de Roy. Ella miró, entornó los párpados, y se quedó laciamente reclinada en el brazo de Sam Riley.

—Un poco más de coñac, doctor —pidió Riley—. Esos tipos que se suicidan no deberían tener novias sensibles.

Con su sombrero abanicó a la desmayada, hasta que Norma Randal abrió los ojos. Dijo con un hilo de voz:

—No... no es Roy.

—Sufrió algo de desfiguración, pero la pistola a su lado, tenía sus huellas dactilares comprobadas. Lo siento, pero no hay error. ¿No puede reconocerlo, señorita Randal?

—Sí... físicamente es él... pero Roy era incapaz de suicidarse.

—Un mal momento, comprenda. Dígame solamente, a efectos del informe, si reconoce en este cadáver a Roy Curtis.

—Era incapaz de eso, yo le conocía, muy bien. Violento, pero incapaz de eso, porque no era un cobarde.

—Comprendo, comprendo... Pero dígame tan sólo: ¿es Roy

Curtis? Puro formulismo, para firmar el acta. ¿Es Roy Curtis?

Un brusco sollozo arañó la garganta de Norma Randal, que asintió, y, aliviado, el teniente Sam Riley dijo:

—Cierren. Venga conmigo, señorita, para firmar.

Ella lloraba ahora con fuerza, y torpemente, Sam Riley le daba cachetitos en la mejilla:

—Vamos, vamos, señorita Randal... No hay mal de amores que años dure. Usted tiene familia, se consolará, y además encontrará mejor aspirante a marido suyo. Vamos, vamos...

Cuando ella hubo firmado, el teniente Riley indicó:

—Acompañe a la señorita, agente, y no se separe de ella, hasta que esté con su familia.

Ya fuera la muchacha, comentó Riley:

—Estas mujeres, son a veces víctimas de un arrebató histérico. Asunto concluido, doctor. Conserve el cadáver el plazo reglamentario, y entierren...



—Éste era Dark. Mi patrón hasta las nueve de esta misma noche.

—El plazo cumple a las diez de esta noche, teniente. Felices Navidades, si no vuelvo a verle.

—Felices Navidades, doctor.

Norma Randal, en el coche policial, sollozaba, y el agente, a su lado, guardaba silencio. Cuando el coche se detuvo ante el edificio del Bowery, aguardaban ya sus padres y hermanos, entre los que ella desapareció. Marchóse el coche.

Steve Mason salió de su observatorio, en una taberna enfrente de

la casa. Había ya vertido su comentario, cuando al llegar el coche policial en busca de Norma Randal, uno de los agentes, para tranquilizar a los padres, advirtió que se trataba únicamente de identificar el cadáver del suicidado Roy Curtis.

Una nube de vecinos rodeaba a la familia Randal, cada cual dando, su opinión. Y Steve Mason deslizó;

—A su regreso, vigile a su hija, señor Randal. Ya sabe lo que pasa con las muchachas.

El viejo Randal asintió, y varias vecinas opinaron que había que vigilar durante varios días todos los pasos de Norma.

Steve Mason tenía sueño. Sabía que podía irse. La familia Randal adoraba a Norma, y la vigilarían.

En el piso de dos habitaciones, Norma Randal volvió a ser niña sentada en las rodillas de su madre. El viejo Randal gruñó:

—Me voy al trabajo, madre. Acompaña a Norma a sus almacenes, y explica lo sucedido, para que le den permiso.

—Sí, papá. Yo iré con Norma. Vete tranquilo.

En la habitación, sólo quedaron madre e hija.

—No puede ser, mamá; no puede ser. Era incapaz...

—Llora y no hables, nena.

Dos horas después, obtenido el permiso de no acudir al trabajo, y en posesión del sobre de paga, Norma Randal echó sobre la mesa el sobre que tintineó...

—¡El maldito dinero, mamá, es el culpable de todo!

—No. Lo siento, Norma, pero si tu Roy no hubiese robado, no habría sido lo que era últimamente.

—¡Y si yo hubiese sido rica, él no estaría muerto!

—Esto es feo, Norma. Pareces reprochar a tu padre que no sepa daros una vida de lujos.

—No es eso, madre. Yo tengo una gran pena, pero me vengaré.

—¿De quién? Nadie tiene la culpa de lo sucedido. Nosotros no nos opusimos a tu noviazgo.

—Me refiero a que si yo hubiese tenido dinero, Roy no se hubiera suicidado. Y ¿por qué somos pobres?

—Un negocio desafortunado, niña. Ya lo sabes.

—Nunca hablé de ello con Roy, pero si no hubiera sido por aquel canalla que embaucó a papá, hoy tendríamos dinero.

—Tu padre invirtió sus ahorros en una sociedad que parecía honrada, y fueron muchos los que, como él, perdieron sus ahorros.

—Yo averiguaré quién era el que se llevó todos los ahorros de los que en él confiaron.

—Estás obcecada, Norma, y lo mejor será que descanses.

Cuando ella se durmió, agotada, entre sus labios aún quedaba la frase que iba repitiendo con insistencia:

—Yo vengaré a Roy... Vengaré a Roy.

Cuando el viejo Randal vino a comer, preguntando por su hija, se encogió de hombros al oír lo que le decía su esposa, y opinó:

—Se le pasará, madre. Ella quería mucho al desgraciado ese. Verás cómo se le pasará. ¿Quién la está vigilando?

—Su hermana Lil.

Al despertar, Norma se abrazó a su hermana, que no sabiendo qué decir, susurró:

—Estamos solas, Norma. Han ido a comprar para la Nochebuena.

—¿Tú sabes quién era el presidente de la sociedad que se llevó los ahorros de papá, Lil?

—La ley no encontró nada contra Dark Scotty.

—¿Dark Scotty?

Norma Randal cerró los ojos. Mataría a Dark Scotty, porque en su cerebro se había formado una obsesión. Dark Scotty, al arruinar a su padre, era el culpable del suicidio de Roy Curtis.

—Encontrarás otro hombre mejor que Roy —sugirió Lil Randal.

—Roy era bueno y me quería, Lil.

—Buenos y queriéndote, habrá cientos, Norma. No apenes a los padres, esta noche...

—Celebraremos la Nochebuena, y si lloro, estáis aquí para consolarme. Al menos yo tengo una familia, lo que no tenía el pobre Roy...

Volvió a cerrar los ojos, recordando que era un gesto muy habitual en Roy Curtis, cuando reflexionaba. Y vió claramente que hallaría cierto consuelo, cuando ante ella, contemplase a Dark Scotty muerto.

V

Dobló Curtis el periódico, y se sirvió una taza más de café. Bebió, y contempló a los tres hombres, en pie ante él.

—Creo que durante unos días, la familia Randal vigilará bien a Norma. La policía ha dado la versión de suicidio, según usted ha averiguado, Steve. El periódico se limita a decir que fué encontrado el cuerpo de un hombre a las seis de la mañana, en el lugar donde lo dejó usted, Gregor.

—Con la pistola llevando sus huellas, señor.

—Sí, las de Curtis. Ella ha quedado convencida de que Roy Curtis se suicidó. De vez en cuando, dése una vuelta por allí, Steve. Ahora, vamos al grano. En su visita a Jame Adams, ¿quién acompañó a Scotty?

—Jim y yo, señor —contestó Gregor Mason.

—Dígame la distribución interior de la granja.

—Imposible, señor. Scotty dijo que sólo él podía entrar. Los cinco policías, están bien situados, y nadie entra, si no da la autorización James Adams.

—¿Está aislada la granja?

—Sí, señor

—¿Cuánto puede valer la fórmula, Gregor?

—Loring dió doscientos mil, y él cobrará seguramente otros tantos, como mínimo. Pero si obtuviera usted la fórmula, no sacaría más allá de otros doscientos, y esto exponiendo mucho.

—Usted, Gregor, lleva la parte financiera. Pero si yo veo en esto, el medio de coger parte del millón, voy a ello. Le dije que pensara en los medios posibles de hacernos con la fórmula.

—Si fuera cuestión de asaltar la granja, Loring no habría venido a buscar a Scotty.

—Pero vino a buscarlo. ¿Por qué? Porque estimó que Scotty podía obtenerla, ya que era amigo íntimo de James Adams, y pensaría en algún truco para conseguirlo.

—Scotty sólo quería los doscientos mil, para sostener unas acciones, que, al pasar las Navidades, habrán subido.

—Sugiera algo, Steve.

El detective privado se acercó:

—En lo que dice usted hay algo, señor. Si tenemos la fórmula,

podría venderla bien. Es buen asunto, Gregor.

—No se trata de si es bueno o malo, Steve, sino de cómo puede planearse el quitársela a Adams. ¿Soborno a Adams?

—Adams pertenece a esa parte de la humanidad que tiene conciencia y creencia en la necesidad de que la moralidad recompensa.

—Sin cinismos, Gregor. Al grano. Si no es sobornable, ¿por qué lo visitó Scotty?

—Para que Loring lo supiese.

—¿Qué habló con Adams?

—Me dijo Scotty que habían hablado de mil asuntos ajenos a su trabajo, porque Adams tuvo siempre la intención de regenerar a Scotty.

—¿Dónde le recibió?

—En el salón de entrada.

—Y mientras, supongo que los policías de la sociedad, estarían alertas.

—Uno visible, y los otros, escondidos... Es imposible, señor.

Roy Curtis alzó la diestra, y habló, mirando a Steve Mason:

—¿Usted ha estado en la guerra, Steve?

—Pude «enchufarme» con Gregor, señor.

—Entonces, le explicaré lo que sucede cuando un par de hombres pretenden abrir paso a una sección de infantería. Pero como Adams no es un enemigo, no haría falta eliminarlo. Preste atención, Steve. Yo en el coche, voy a visitar a Adams, para desearle felices Navidades. Al volante se queda Jim, y ustedes dos, bajan conmigo del coche, ¿Qué sucederá?

—Inmediatamente saldrán dos de los policías a cerrar el paso —dijo Gregor Mason—. Y déjeme hablar, señor... Aunque lográramos entrar, sólo matando a los cinco policías y a Adams obtendríamos la fórmula, ya que de otro modo, usted, se vería en la cárcel acusado de intento de robo comercial, y los tribunales de Nueva York son severísimos para esta clase de delitos.

—Hobart Loring no es un necio, y si confió en Scotty, fué convencido de que éste podía apoderarse de las fórmulas.

—Pero usted pretende atacar, al estilo Pacífico, señor, y esto es absurdo.

—Lo absurdo es aquello que no puede demostrarse. Hablaba yo del ataque para abrir paso. Los dos enviados para ello, lanzaban bombas de mano contra la posición. ¿Usted puede conseguir lacrimógenos, Steve?

—Podría, señor.

—Apenas echen la primera lacrimógena —observó Gregor Mason—, Adams se encierra en su laboratorio, y telefonea acusando a Dark Scotty...

—Para telefonar, se precisa teléfono, Gregor. Antes, cortaríamos la línea de la granja. Esto no es difícil.

—Los otros policías dispararían. Escuche, señor; si no tenemos necesidad de recurrir a procedimientos de «gangsters», por cuanto en la Bolsa pronto alcanzaremos millones, es inútil arriesgarlo todo para lograr a lo sumo un par de cientos. Vuelve en ti, Steve, y reconoce que yo tengo, menos arrestos y riñones que tú, pero sí más capacidad negocial.

—Tenemos tiempo por delante para meditar algo efectivo. Yo quiero que Hobart Loring y el que le paga, decidan trabajar por su cuenta, después de liquidar a Dark Scotty, y que lo harán, está claro, porque si no, Scotty estaría vivo. Empleemos los sesos, y cuando yo vaya, a visitar a James Adams, podemos tener bien resuelto el plan. Siéntense los tres, y estudiemos el asunto a fondo.

A las once de la mañana, Jim Bromfield detuvo el coche ante una granja aislada al norte de Nueva York, a doce millas, junto al río Hudson.

Iba solo Roy Curtis, que descendió del coche, presionando el timbre, mientras, a través de la verja, contemplaba el verde césped que rodeaba el edificio de madera, bajo, de una sola planta.

Apareció un hombre, vestido de pana burda, con botas, y un grueso chaquetón de piel de cordero, embutido el cráneo en un gorro de lana.

El día sin sol, nuboso, era de un cortante frío, si bien había dejado de nevar. Roy Curtis apartó las solapas de su abrigo...

El policía al llegar a la verja, saludó:

—Buenos días, señor Scotty. Pase usted, que el señor Adams le recibirá con agrado. Hace frío, y esto está muy al descubierto.

Roy Curtis siguió al policía, caminando presuroso, hasta que le acogió el grato calor de un gran hogar donde los leños crepitaban.

Era un vestíbulo rústico, en el que James Adams penetró a los pocos momentos.

—Hola, Dark... Me acaban de anunciar tu llegada.

Giró lentamente sobre sus tacones Roy Curtis, tendiendo la diestra. James Adams estrechó su mano. Era pequeño, calvo, y usaba gruesos lentes.

—Hola, Jammy —dijo empleando el diminutivo especial con el que Dark Scotty saludaba a su antiguo amigo—. Tengo la voz ronca, porque pillé un resfriado.

James Adams alzó sus gafas, y sus redondos ojos miraron con atención a su visitante. Unos redondos ojazos de miope...

—Es gracioso, Dark. Pareces otro.

—Llevo unos días de un tratamiento especial, Jammy. Un médico psicoanalista, pero qué también da inyecciones portentosas.

—Cuidado con ciertas drogas, Dark. Son latigazos pasajeros que dan falsa energía —y sentándose ante el fuego, volvió Adams a calarse las gafas—. ¿Y qué? ¿Te decidiste por fin?

—¿A qué, Jammy? Ando mal de memoria.

—En tu última visita, te recomendé retirarte de los negocios, irte lejos de Nueva York. Algún día alguien te matará, porque tienes bien merecido tu apodo de «Vampiro». Yo te aprecio, porque no veo en ti más que un enfermo cuya ambición es veneno. Te conocí de niño, Dark, y no eras malo...

—No quiero alarmarte, Jammy, pero precisamente por vivir como vivo, puedo advertirte de un gran peligro.

—¿A mí?

—Anoche estaba yo en el «21»; y... un tipo que tú no conoces, hablaba de cierta sociedad de productos vitamínicas.

—¿Y qué decía?

—Que habías conseguido algo de millones. Yo te aprecio, Jammy, y conmigo estás tranquilo, pero hay quien no pararía en escrúpulos, y que puede estar en camino, hacia aquí, para tratar de robar lo que tú sabrás y que está en peligro.

—No hay peligro. Quien venga acá, tendrá un caluroso recibimiento. Pero yo te agradezco tu informe. ¿Puedes ampliarlo, Dark?

—Con muchos detalles, porque el que hablaba me propuso tenderte una trampa, Jimmy.

—Tú podrías engañar a quienquiera, pero yo sé que a mí nunca me engañarás, Dark.

James Adams presionó un timbre en el recodo de la chimenea. Entraron dos individuos, uno de los cuales era el que había acompañado a Curtis; y al repetir Adams el timbrazo, llegaron otros dos.

—Señores: éste es el señor Scotty, que para mí ha sido siempre como un hermano. Habla, Dark.

—Anoche me propusieron colaborar en un plan para apoderarse de cierta, fórmula —dijo Roy, dando frente a los cuatro policías—. El que me lo proponía, fiaba en mi mala fama, pero como ha dicho muy acertadamente él señor Adams, yo puedo ser un financiero turbio, pero él es para mí como un hermano. Yo fingí aceptar, y

ahora son las once y seis minutos. A las once y quince en punto, según mi reloj, yo tengo que encañonar al señor Adams con una pistola, y en esté mismo momento, dos *gangsters* dispararán contra la ventana del ala izquierda, para llamar la atención a los cinco policías que aquí se hallan. Otros dos, dispararán, segundos después, por la parte trasera. Estarán todos ellos, bien situados. Entrarán tan pronto aparezca yo, agitando esta bufanda mía. Son seis tipos decididos.

James Adams dijo:

—¿Has avisado a la policía. Dark?

—Si lo hubiese hecho, habría terminado como hombre a quien pueden proponérsele negocios sucios, Jammy. Yo quiero que en este asunto, quede mi mala fama sin mancha. Ustedes, señores, podrán cazar a los seis *gangsters*, y yo fingiré que ha fallado, y que si no he ido a la cárcel, ha sido por personal intervención de mi amigo Adams.

Uno de los policías avanzó un paso, dirigiéndose a Adams:

—No pongo en duda lo dicho por su, visitante, señor Adams, pero estimo prudente notificar al departamento central, cuanto acaba de decir este, señor.

—De acuerdo —dijo Roy Curtis—. Telefonea, Jammy.

En la línea conectada con la granja, había ahora un teléfono en manos de Gregor Mason, a una milla de allí.

James Adams, marcó el número indicado, y habló:

—¿Riverside Company? Soy Adams.

—Diga, señor —replicó Gregor Mason.

—Urgente, envíen cinco hombres a la granja. Urgente, y dispuestos a todo. No pregunte. Esperamos.

Colgó el auricular, y miró su reloj de bolsillo.

—Faltan cuatro minutos, Dark —e indicó luego—: Llamen a Parkers.

Uno de los policías presionó cinco veces el timbre, y al instante apareció el restante guardián.

—Hagan la distribución de sitios de forma que, cuando el señor aquí presente agite en la puerta su bufanda, los seis *gangsters* acudan sin recelo.

El grupo de cinco policías, se estrechó, hablando. Y fué el momento previsto por Roy Curtis.

Arrojó a la vez las dos lacrimógenas que ocultaba en los bolsillos de su abrigo, echado sobre el brazo. El doble estallido junto a los cinco policías, provocó un denso humo acre...

Atenazó Curtis por el torso al científico, a la vez que sobre su

propia boca y nariz aplicaba el parche poroso que, empapado en una solución neutralizante, le permitía respirar sin sentir los efectos de las lacrimógenas...

Tosiendo, cegados, la reacción de los que tenían los pulmones invadidos por la fuerte acción del gas, que la normal.

Trataban de huir, asiéndose el cuello, intentando en vano respirar, a punto de asfixia, enrojecidos los párpados y las aletas de la nariz.

El gas mostaza impregnó la atmósfera, y en el suelo, los policías, dejaron de retorcerse, desvanecidos. Roy Curtis sintió el cuerpo de James Adams perder toda contracción muscular.

Corrió a la puerta, abrió y agitó la larga bufanda de blanca seda. Volvió a entrar, para ir quitando de los bolsillos y tirantes, las armas de los cinco policías.

Registró a Adams, que no llevaba armas. El humo del gas iba disipándose, por las ventanas abiertas por Curtis.

Aparecieron Jim Bromfield, y los dos Mason, llevando adheridos en la parte inferior de sus rostros, los parches neutralizantes.

Sin hablar, cada uno de ellos procedió a atar a los desvanecidos. El frío exterior iba renovando la atmósfera, y Roy Curtis se quitó los adhesivos bordes del parche, arrojándolo al fuego.

Tosió un poco, pero ya la atmósfera recuperaba su normalidad.

—Entre el coche, Jim. Y usted, Steve, vaya cargando atrás a los policías. Ayúdele, Gregor. Yo me haré custodio de Adams.

—Debo advertirle, señor, que bajo ningún concepto nadie debe saber que usted no es... En fin, que si revelase usted su personalidad, quien lo supiera, correría peligro.

—Calle, Gregor, que ya sé mi obligación. Pronto, al coche.

Pasaron unos minutos, hasta que, en un sillón, James Adams abrió los ojos enrojecidos. Boqueaba, pese a que bajo su olfato mantenía Bregón Mason el frasco de revulsivo y calmante.

Roy Curtis habló secamente:

—¡Sin comentarios, Jammy. Tú y los cinco pasaréis unos días o semanas, en un lugar seguro. Comprenderás que no puedo arriesgarme a que declares que Scotty ha dado un golpe bueno. Robo y secuestro, tiene un castigo pesado. Llévase a Adams, Gregor. Y no te preocupes, Jammy, que tu honorabilidad quedará a salvo. Te lo prometo.

James Adams, tosiendo, respirando con dificultad, fué puesto en pie por Gregor Mason, que lo llevó medio a rastras.

El coche conducido por Jim Bromfield, y llevando visible atrás a Steve Mason, abandonó el césped de la granja. Gregor Mason

regresó al vestíbulo.

—Salió bien, señor. Pero toda la policía buscará a los autores del secuestro.

—O la compañía de Adams, aceptará negociar, si Loring y el que le paga, no me dan lo que pido. Vamos a visitar el laboratorio. Tengo las llaves de Adams.

La puerta era de acero, con doble cerrojo especial, en el que dos llaves funcionaron. El laboratorio no era muy complicado. Una larga mesa con alambiques, probetas, microscopio, y un fétido olor a pescado descompuesto.

—Estos son los tubos de ensayo, señor.

—Vaya reuniendo todos los tubos que están etiquetados y cerrados. Cuantos papeles estén escritos. Dejaremos solamente los instrumentos. No ha de quedar un solo papel ni ningún tubo con algo dentro. Aquellas pátinas también. ¿Volvió a conectar la línea, apenas telefoneó Adams?

—Sí, señor.

Un cuarto de hora después, Roy Curtis, volvió a quitarse los guantes. Desde el laboratorio, una mecha larga atada a varios cartuchos de dinamita recorría en distintas conexiones las seis habitaciones de la casa y en el amplio establo, otro cartucho remataba todas las conexiones de la mecha.

Miró Curtis su reloj:

—Las doce menos tres. Ya estará el coche esperando.

—Yo, preferiría que no se arriesgase.

—No hay riesgo. No tema, Gregor, que no va usted a perder por segunda vez a su Scotty. Su hermano explicó ya el exacto mecanismo de este encendedor a retardamiento. Aplicado al extremo de la mecha, propagará el fuego cuando estemos lo bastante lejos.

Curtis hubo conectado en el encendedor a retardamiento, el extremo inicial de la mecha, en el vestíbulo.

Subieron al coche que aguardaba, y Jim Bromfield lo puso en marcha. Abandonó la carretera principal, para coger un camino secundario. Un lejano estampido vibró...

Gregor Mason sonrió:

—Vale usted mucho, señor. Y creo que sabrá manejar a Loring.

Eran las doce cuarenta, cuando, en el despacho de Scotty, abrió Steve Mason la puerta para anunciar:

—Los Seis están seguros, señor. Les he explicado que no tienen nada que temer.

Roy Curtis señaló el teléfono a Gregor Mason:

—Llame a Loring.

Al cabo de un instante, manifestó Gregor Mason:

—El ayuda de cámara de Loring, dice que su señor salió hace unos minutos. Pero tratará de avisarle de que usted llamó.

—Vigile, Jim; Puede que Loring vuelva acompañado. Van a ser éstas unas Navidades algo alborotadas. Vaya a ver a Adams de mi parte, Gregor. Dígale que se resigne, ya que nada malo les pasará, y que estarán secuestrados, el tiempo que tarde yo en obtener, un millón.

A solas con Steve Mason, Roy Curtis pensó en voz alta:

—Jugar con fuego sin quemarse no debe ser difícil, si hay inteligencia, Steve. ¿Cómo aborda a la Compañía Riverside, si falla el acuerdo con Loring?

—La Compañía Riverside preferirá pagar a perder. Si Loring pagó doscientos mil, es que los experimentos de Adams, valen millones. Lo malo es saber quién respalda a Loring, señor.

—No tardaremos en saberlo.

Cinco minutos después, el teléfono llamaba. Era Hobart Loring, hablando desde el refugio de Randolph Ventura. Tendió Gregor Mason el aparato.

Roy Curtis dijo:

—Aquí Scotty. ¿Qué hay, Loring?

—Te he dado una hora más de lo convenido.

—Llamé a tu casa, y no estabas. Puede testificarlo tu criado. Está hecho el asunto, Loring. Ven con el experto, para que compruebe que no hay trampa. No te daré agua destilada, sino el género que pague.

—A tu casa, no. En un lugar neutral, visible.

—Elige.

—Yo iré acompañado por el experto, que sabrá reconocer el género. Tú puedes ir con uno de tus satélites. Déjame preguntar. No cuelgues.

Hobart Loring tapó la boquilla. Miró a Randolph Ventura.

—Lo tiene ya. ¿Dónde podemos hablar con él?

—Que vaya con su coche al aparcamiento del cine «Roxy». Si tiene el género, pedirá más dinero. Es inevitable, y puede llegar hasta doscientos mil más. Yo tengo los detalles precisos para comprobar que no lleva un líquido que él mismo haya fabricado. Hable.

—¿Scotty?

—Sí.

—En al aparcamiento del «Roxy». No habrá muchos coches,

ahora. Aparca junto al mío. Te espero con el experto. Olvidado lo de ayer, Scotty. Jugaremos limpio, y tan amigos.

—Tú lo has dicho. Voy ahora mismo con Jim.

Colgó Curtis. Se acarició la barbilla

—¿Qué puede hacer Loring, Gregor?

—Pagar unos billetes más, o tratar de eliminarle, señor.

—En mediodía, a plena luz, no.

—Depende de quién sea el que le respalde, señor.

—Pueden aquí quedar seguros los de la granja volada. Usted y su hermano, coja un «taxi», y colóquense de modo que vean sin ser vistos lo que puede ocurrir en el aparcamiento. De todos modos, Loring no intentará nada allí.

—Si este maletín con lo recogido en el laboratorio, vale buenos millones, está usted corriendo demasiados riesgos.

—Un millón no se gana aprisa, sin riesgos, Gregor. Vamos.

Randolf Ventura, en el asiento posterior del coche, mostraba apenas los ojos, bajada el ala del sombrero y en alto las solapas del abrigo. El frío reinante lo permitía aquel enmascaramiento, que le evitaría ser reconocido por cualquier policía.

A su lado, Hobart Loring, en cabestrillo el brazo derecho, iba recorriendo con la mirada los pocos coches aparcados.

La gente deambulaba rápidamente por las avenidas, llevando paquetes y disponiéndose a pasar lo mejor posible las vacaciones navideñas.

El «De Soto» conducido por Jim Bromfield apareció, y dando un ceñido viraje penetró en el parque de coches, para frenar y detenerse suavemente a un metro al costado del coche de Hobart Loring.

Roy Curtis presionó para bajar la ventanilla. Hizo lo mismo Loring. Randolf Ventura miró de soslayo al que suponía era Dark Scotty.

—Jim, vaya a la cantina —ordenó Curtis, en voz alta.

Jim Bromfield se apeó, y al quedar solo, Curtis añadió:

—Más comfortable es mi coche, Loring. Tú delante, y el experto conmigo para verificar el contenido de este maletín.

Hobart Loring subió, sentándose ladeado en el asiento delantero. Randolf Ventura pasó a ocupar el sillón, al lado de Curtis.

—Antes de ver nada, Scotty, me agradecería saber de qué medio te valiste para lograr esto.

—Yo era el único hombre en quien confiaba Adams. Conseguí que los cinco policías se reunieran en la sala donde yo estaba con él. Dos lacrimógenas bien cargadas, y dispuse de media hora para registrar concienzudamente el laboratorio.

—Fácil —dijo, secamente, Ventura.

—Para mí, pero nadie más lo hubiera logrado.

—Cuando se recuperen los policías, usted saldrá mal parado.

—Dinamité la granja, que voló en pedazos.

Una expresión admirativa destelló en los negros ojos del *gangster*.

—Tiene usted un modo eficaz de suprimir testigos. ¿Puedo comprobar la mercancía?

Sobre sus rodillas colocó Curtis el maletín, que hasta entonces estaba entre sus piernas. Levantó la tapa, y el interior mostró numerosos tubitos de cristal, obturados, sujetos con esparadrapo a las cuatro paredes del maletín.

Mazos de papel, libretas, cristales de mica emparejados, aplastando soluciones invisibles sin la ayuda del microscopio...

—Esto era cuanto valía la pena recoger. El instrumental era el vulgar, sin ningún aparato desconocido.

Randolf Ventura tocó con el índice uno de los tubos, medio lleno con un líquido intensamente azul.

Roy Curtis lo extrajo de su sitio, arrancando el esparadrapo. Randolf Ventura lo cogió, mirándolo a trasluz.

Hobart Loring seguía todo cuanto hacían con ansiedad.

Randolf Ventura desenvolvió el tubo. Cogió un block, hojeándolo. Lo echó dentro del maletín.

—Todo en orden, Scotty. Puede darme la maleta.

Roy Curtis cerró con un llavín, y volvió a colocar la maleta en el suelo, apoyando sobre ella los pies.

—Yo he cumplido, pero tú no has sido leal, Loring. Me quisiste engañar.

—¿Yo?

—Sí, tú... Venirme con el cuento de un pez, una tripita, vitaminas... No hay vitamina que precise cinco policías y un laboratorio atrincherado.

—Cobraste doscientos mil, Scotty —gruñó Loring—. Ten cuidado, porque no estamos dispuestos aguantarte chantaje.

—Si desde un principio me hubieses dicho la verdad, ahora te entregaría este maletín, y tan amigos. Pero dime, Loring: ¿desde cuándo el F.B.I., destina cinco de sus agentes a custodiar las tripas de un pez vitamínico?

Randolf asintió con la cabeza, antes de decir.

—Era de suponer que usted quisiera profundizar en el asunto. Hizo usted mal, Loring, en no explicarle aquí al compañero la verdad.

Hobart Loring iba a protestar de que, como era cierto, creía él que se trataba de una vitamina comercial, pero el *gangster* le impuso silencio, alzando la diestra en gesto tajante.

—Doscientos mil para cargarse cinco del F.B.I., es realmente un mal pago —comentó el *gangster*—. ¿Qué contraoferta presenta, Scotty?

—Si me pongo en contacto con la Riverside, que será seguramente un camuflaje de un departamento del Estado, tal vez obtendría por este maletín una crecida cantidad de muchos ceros a la derecha.

—Muy arriesgado, Scotty, negociar con la Riverside.

—Ofrece, Loring.

—Sacrifico mi parte, Scotty, con tal de terminar de una vez con esto. Trescientos mil míos, y doscientos mil más, te proporcionarán ochocientos mil en total.

—Tuve colaboradores. Tres colaboradores, y cada uno de ellos, no se venderá por menos de un millón.

—¡Estás loco, Scotty; loco de remate!

Randolf Ventura volvió a atajar a Loring. Mordió las palabras:

—Merece usted su apodo, Scotty. Piénselo bien, antes de pedir cantidades absurdas.

—Cinco millones, es la definitiva oferta. Ignoro qué contienen los tubos, y ni siquiera he estudiado detenidamente cuanto ha escrito aquí James Adams. No acudiré a ningún perito químico, si tú, Loring, me entregas cinco millones, en material que no pueda identificarse... Nada de cheques, billetes de numeración correlativa. Cinco millones.

Hobart Loring, pese al frío que penetraba por la abierta ventanilla, tenía la frente húmeda. Miró, angustiado, a Randolf Ventura.

Éste habló con lentitud:

—Podría yo dejarle tieso, Scotty. En mi bolsillo derecho tengo un argumento decisivo, que sólo silba...

—No me haga tan cándido, amigo. Mis tres colaboradores vigilan. Y aquí no se trata de matarnos, sino de poner punto final a un buen negocio. Todo mi esfuerzo, vale estos cinco millones. Y conste que calibro a ojo, sin meterme en pormenores. Usted, el experto, sabrá si vale la pena convertir este coche en un ataúd para

los tres, o pagar.

Randolf Ventura murmuró:

—¿Ese era el cobardón, Loring? Si usted tuviera solamente la cuarta parte de la flema de ese tipo, llegaría lejos. ¡Cállese! Reunir cinco millones pide tres días, Scotty. Vacaciones navideñas, los Bancos cerrados, y todo esto... El día 27 a esta misma hora, y aquí mismo, usted y yo volveremos a entrevistarnos. Traeré los cinco millones, y cuando los tenga, lárguese muy lejos, Scotty. No es una amenaza; es un consejo amistoso.

—También yo le daré un consejo amistoso, experto. En estos tres días con sus noches, no le busque las cosquillas al gato. Puesto de otro modo: no me haga una visita con cinco o seis «expertos» como usted. Estaré ausente de mi piso. Son tres días de vacaciones, e iré a pescar el salmón, o a cazar zorros. El 27 a la misma hora, aquí estaré. ¿Por qué sudas tanto, Loring?

—¡Porque eres un canalla, un embaucador, un cochino estafador!

Randolf Ventura descendía ya del coche, penetrando en el contiguo. Hobart Loring murmuró:

—No disfrutarás de esos millones, Scotty. Antes de terminar el año, habrás muerto. ¡Por esas!

Y salvajemente, casi primitivo, Loring se besó el pulgar y el índice de la mano izquierda en cruz.

Bajó del coche, tambaleándose, y se apoyó en la ventanilla, junto a la que, abierta, Randolf Ventura miraba hacia el frente.

Jim Bromfield acudía, y el «De Soto» arrancó.

Hobart Loring masculló:

—No es culpa mía, Ventura.

El *gangster* permaneció silencioso. Loring, atragantándose, añadió:

—Yo no sabía que esto valía tantos millones. No se lo hubiera encargado a Scotty.

—Usted aseguró que dominaba a Scotty, y que éste le tenía un pánico espantoso. Yo entiendo de hombres, Loring, y este Scotty no le tiene miedo ni a mil diablos con ametralladora. Suba, Loring.

—Quisiera hacer... unas compras. Yo... puedo ver de arreglar esto. Voy al piso de Scotty, y ¡por Cristo!, que yo...

—Suba, Loring.

Dos individuos se acercaban. Uno de ellos abrió la portezuela junto al volante, sentándose. El otro, a un parpadeo de Ventura, se colocó detrás de Hobart Loring.

Hobart Loring movió el cuello, respirando fatigosamente.

—¡Ventura, déjeme arreglarlo!

—Si tiene cinco millones, ya está todo arreglado.

—Puedo darle setecientos mil, y reuniré otros tantos en un mes, y yo...

—Suba, Loring. Estamos perdiendo el tiempo.

El motor roncaba. Un policía hacía su ronda a veinte metros. Hobart Loring casi sollozó:

—¡Déjeme arreglarlo!

El pistolero situado tras de Loring le dio un empujón, y por la abierta portezuela cayó cuan largo era ante los pies de Ventura, el cual, pisó fuertemente sobre su cuello, mientras el *gangster* que le empujó, cerraba la portezuela, subía, y el coche arrancaba veloz.

El pie izquierdo de Ventura pateó a puntenazos el rostro del yacente. Cuando no se movió más, Randolph Ventura se reclinó cómodamente.

—¿Sigue alguien? —preguntó.

—Por ahora, todo normal, Rand.

—Tuerce hacia la Sexta. Cogerás un «taxi». Tulio, y si quieres conservar mi aprecio, has de averiguar dónde va a ir Dark Scotty. Puedes llevarte contigo a la ardilla de Pecky. Fíjate bien, Tulio... He de saber paso a paso lo que hace Scotty, y dónde va a esconderse estos tres días. Si fallas, pégate un tiro. ¡Abajo!

El coche de Loring reanudó su carrera, ahora hacia el exterior. A las dos millas, dijo Ventura:

—Para en la cantina del cruce. Telefonea a Linda. Ella y su nena, acechando el viaje de Scotty.

A solas en el coche, con fría furia, pateó de nuevo Ventura el cuello, la nuca y el rostro de Hobart Loring, que ya era cadáver...

—Bestia... Cinco millones... Bestia...

VI

En el piso, Gregor Mason al entrar con su hermano, explicó:

—A penas se marchó usted, señor, dos pistoleros empujaron a Loring a su coche. Creo que las va a pasar mal.

—El veintisiete a esta misma hora, el que acompañaba a Loring vendrá con un millón para cada uno de nosotros. Los policías que están ahí dentro, son del F.B.I.

Silbó suavemente Gregor Mason...

—¿Pasa algo, Gregor?

—Mal camino éste, si el F.B.I. anda en ello, señor. Nadie suelta cuatro millones, fácilmente.

—En esto pienso. Es casi seguro, que el acompañante de Loring mandará buenos espías para saber dónde me meto en estos tres días. Abandonar el piso dejando a los seis prisioneros aquí, es imprudente.

—Yo puedo quedarme, señor —ofreció Steve Mason.

—Quien esté espionando, ha de vernos salir a los cuatro, y bien visible este maletín en mi poder, porque podrían intentar un registro del piso. ¿Qué sugiere, Steve?

—A media tarde, antes de que oscurezca, los cuatro en el coche, tomamos la carretera del Hudson. Yo podré esfumarme, y regresar aquí. Y si el señor elige un parador muy concurrido, dificultará mucho los intentos del robo del maletín.

—En la carretera, al oscurecer nos pueden ametrallar —observó Gregor Mason.

—Usted preferiría seguir jugando a la bolsa, Gregor. Puede apartarse, y le daré igualmente su millón.

—A solas, correré más peligro que en unión de ustedes. Persisto en que es peligroso, pero no le abandono.

—Entonces, usted vigile la entrada, Jim, y usted, la calle, Steve. A las cuatro y media saldremos.

A las cuatro el médico de guardia en el Depósito de cadáveres abandonó la partida de ajedrez que estaba jugando con su ayudante, para estrechar cordialmente la diestra de un fornido

cuarentón, el inspector Cortland, instructor del F.B.I.

Iba acompañado de un muchacho de unos veintiún años.

—Este es Jerry Smith, un futuro colega. Le falta el certificado de prácticas de identificación, y el muchacho quiere su credencial lo antes posible, doctor.

—Rutina poco agradable, Jerry —sonrió el doctor—. Esta es la lista de existencia en el almacén. Un atropellado por un camión, dos ahogados, una intoxicada, y un suicidio. Elija, Jerry.

El futuro agente del F.B.I., miró a su instructor, que quitándose el abrigo estaba contemplando el tablero, y le decía al ayudante.

—El doctor le va a merendar su torre jovencito.

Jerry Smith tosió discretamente:

—Señor; ¿con quién practico?

—Atropellado, ahogado, envenenado, suicidado —dijo el doctor—. El caso más difícil es, naturalmente, el del suicida. Tuve que recomponerle el rostro, porque se hizo saltar la bóveda palatial.

—Ese vale, Jerry. Anda, tú mismo. Te acompañará el ayudante, y usted, doctor, venga aquí, que le voy a dar mate en cuatro tiempos.

—Ya será menos, fanfarrón. Esta gente del F.B.I., se creen superhombres.

El ayudante, un estudiante de medicina, miró con simpatía al estudiante del F.B.I., cuando en el gran armario, asía la manecilla.

—Oye, Jerry: ¿qué tal andas de estómago?

—Bastante bien, ¿por qué?

—No resulta muy apetitoso ver un «fiambre». Este se llamaba Roy Curtis. Un caso de suicidio indiscutible. Se congeló. Su novia lo ha identificado, y el doctor hizo lo siguiente.

Explicó el ayudante los procedimientos forenses de identificación. Jerry Smith murmuró, un poco tímidamente:

—La, bala y la pistola coincidirían.

—«Naturaca».

—Las huellas digitales, también.

—Iguales las de la pistola y las de la ficha de Roy Curtis.

—¿Las yemas?

—El «rigor mortis» y la congelación, alisan las yemas.

—¿La sangre?

—De color rojo —rió el ayudante.

Jerry Smith miraba la ropa amontonada al extremo del cajón, junto a los pies desnudos del cadáver. Observó:

—Uñas sucias... y esto es curioso.

—¡Vaya! ¡Estos del F.B.I., descubre repentinamente qué el

cadáver respira!

Jerry Smith se puso nervioso. Era su primer caso.

—Tiene el cabello arreglado en la nuca y las sienes. Las puntas de los mechones no están quebradas —fué diciendo, mientras miraba a través de una lupa, casi con los ojos pegados al cráneo de Dark Scotty.

—¡Sherlock Holmes resucita!

—Si los cabellos fueran cortados normalmente, presentarían los extremos quebrados, y éstos han sido quemados. Un lujo para un hombre como éste, cuya ropa es pobre, y que tiene las uñas sucias. ¿Cuánto le encontraron en los bolsillos?

—La ficha dice que ni un centavo. Pero pudieron robarle.

La lupa examinó ahora la americana, y Jerry Smith preguntó, a la vez que palpaba la camisa:

—Si se congeló, ¿la sangre quedaría coagulada?

—Desde los labios hasta la mitad del pecho, manó. ¿Qué más descubres, Sherlock?

—Estoy haciendo prácticas, y soy un novato.

—Yo también, cuando empecé a trinchar cadáveres, veía mil cosas misteriosas.

Poco después, Jerry Smith llegaba junto al tablero:

—Ya terminé, señor.

—¡Jaqué y mate impepinable! —proclamó, triunfante, el inspector—. Vámonos Jerry. Escribirás tu informe en mi despacho. Felices Navidades, y paz entre la gente ele buena, voluntad.

Se fueron los dos, y el ayudante comentó:

—El chico veía misterios, doctor.

—Lo de siempre. Cada vez que viene un F.B.I. a practicar, quieren enseñarme mi oficio. Coloque las piezas, que me voy a vengar.

En el coche, Jerry Smith, miró con aprensión al inspector Cortland.

—¿Qué hay, Jerry?

—El suicidado, señor, no es un caso claro.

—Seguro... —replicó, riendo, el inspector—. Ya me lo suponía. Yo también, la primera vez que me presentaron a un atropellado, estuve a punto de deducir que había muerto de un ataque al hígado.

—El suicidado tiene las uñas sucias, y el cabello meticulosamente quemado por un peluquero. La sangre que brotó de su boca se deslizó por la piel hasta el pecho, y sin embargo, la camisa y la americana no tienen en las fibras del tejido, la menor mácula sangrienta. El suicidado fue desvestido y cambiado de

ropas, y sus uñas fueron ensuciadas con tinta, y...

El inspector miró la hoja copia del informe forense.

—Lo identificó el teniente Sam Riley. Si le explicas todo esto a Riley, y te equivocas, despídete de ingresar, porque Riley mandará un informe desfavorable que te cerrará todas las puertas policiales.

—Podría visitar al teniente Riley, en plan de estudios, rogándole me ilustrara sobre la manera de identificar un suicidado, y de forma que con mis preguntas de novato, él mismo...

—Eso está bien, muchacho. Que sea Riley el que descubra lo que tú has olfateado, y si te has equivocado, no ha pasado nada. Te dejaré en la comisaría de la central metropolitana. Díle al teniente que fuiste conmigo, pero que yo tenía prisa. A lo mejor le halaga, o a lo mejor te manda al cuerno. Tú verás.

El teniente Sam Riley; terminaba su turno a las diez de la noche. Contempló a Jerry Smith.

—¿Conque aprendiz del F.B.I., no? Tengo cuarenta y cinco años, y veinticuatro de servicio. ¿Fué por esto por lo que el inspector Cortland le mandó a usted a darme la lata?

—El inspector estuvo conmigo en el depósito, pero tenía prisa, y yo quisiera que usted, con su larga experiencia...

—¿Jabón, no? Bueno, tengo un hijo de tu edad, más o menos, y por suerte se ha dedicado a estudiar leyes. Vamos al depósito.

El médico forense sonrió, a la vez que empujaba un peón:

—¿Otra vez aquí? El chico demuestra aficiones morbosas, teniente.

Sam Riley gruñó benévolo:

—Ya le hará usted la autopsia algún día al muchacho, doctor. Bueno es que le consintamos caprichitos. Siga usted jugando, que el doctor no me lo perdonaría, ahora que le está acorralando.

Estiró Smith el cajón, y fue haciendo preguntas, a las cuales Sam Riley iba contestando como un catedrático paciente. Y de pronto, el teniente gruñó:

—¿Lupa, eh?

—Tiene los cabellos muy bien aseados, teniente. Un poco más claros a la terminación, y esto es algo raro.

—¿Raro? Se los haría quemar, como hacen los *dandies*... ¡Voto al cuerpo! Trae acá la lupa, novato.

Al cabo de un instante, Riley masculló:

—Esto se está poniendo extraño, novato. El traje está pasado, los zapatos con la suela agujereada, y sin embargo, el señor se hacía asear los cabellos, y tiene la nuca limpia. Bueno, tal vez un capricho. Trae la americana y la camisa, y déjalas en aquella mesa.

Tráeme el micro. Y vete aprendiendo, novato.

A la media hora, Sam Riley se frotó los riñones, enderezándose.

Murmuró:

—Era incapaz de suicidarse, dijo ella. Un héroe del Pacífico... No se hubiera suicidado teniendo una pistola, sino que habría atracado. Muchacho, has levantado la liebre. Este tipo no es Roy Curtis, y si lo es, me como el sombrero. La novia de Curtis estaba muy enamorada de Roy Curtis, y por lo tanto, ella nos va a servir. Te esperar unas vacaciones estudiosas, muchacho. Deduce: si éste no es Roy Curtis, y la quería a ella, ¿qué pasará?

—Roy Curtis intentará verla, teniente.

—Oye: ¿sabes que no eres ningún borrico? Además, eres bien parecido. Mira a ver si sabes componértelas para hacer amistad con la familia Randal. Mientras, yo haré todo lo rutinario, y estaremos en contacto.

—Muchas gracias, teniente.

—Yo a tí, novato. Si no te sientes curioso, este caso hubiera sido enterrado a las diez de la noche. Al trabajo, Jerry. Tú vas a ser la sombra de Norma Randal.

—Este es el mejor plan, señor —aprobó Gregor Mason—. Jim y Steve cogerán el coche, y usted y yo, media hora después, cogeremos un «taxi». El maletín lo llevaré yo, y los cuatro nos reuniremos en el muelle de salida de los barcos de recreo a las Bermudas. En la consigna yo dejaré el maletín, y los cuatro subiremos a bordo. La consigna será lo que interese a los que espíen, y nos será fácil volver a bajar, y regresar aquí. Cuando descubran que dentro del maletín sólo hay un juego de tocador de plata, nos supondrán rumbo a las Bermudas. Tendremos paz durante estos tres días.

A las siete de la tarde, la nieve empezó a caer. Jim Bromfield y Steve Mason se dirigieron a la sala donde estaban los seis prisioneros.

Gregor Mason abrió la puerta del despacho, para ceder el paso a Roy Curtis.

Éste pestañeó, contemplando a la bonita morena, de tez bronceada y ojos azules, que sentada en un sillón, cruzadas las piernas, fumaba hojeando una revista.

Gregor Mason sobresaltado, exclamó:

—¡Sandra!

Sandra Scotty dejó la revista sobre la mesita, aplastó el cigarrillo en el cenicero y, con suave entonación, dijo:

—Puedes tener la discreción de dejarme a solas con mi adorado hermano, Gregor.

Roy Curtis avanzó hacia el mueble-licorera, y se sirvió *whisky*. Gregor Mason titubeó.

Sandra Scotty repitió, esta vez sin suavidad:

—¿No oíste, Gregor? Déjame a solas con mi adorado hermano.

—Fuera, Gregor —ordenó Curtis.

Gregor Mason atravesó la puerta, cerrándola. Sandra Scotty vestía un traje sastre, negro. En la mesita había un sombrero de gran ala delantera, de la que colgaba un velo negro.

—Siempre tan cariñoso mi hermanito —comentó ella, con dureza—. Tres años sin verte, me han sentado muy bien, Dark. Sentía nostalgia de Nueva York, y supuse que no estarías, tú con vida. ¿Es que de todas las personas que has engañado, ninguna ha tenido el valor de ajusticiarte?

Roy Curtis giró sobre sus tacones, y miró a la hermosa muchacha.

—Anticipaste el luto, Sandra.

—Enviudé. Era un francés, muy caballero y muy hombre. ¡Todo lo contrario de ti! Pero eres mi hermano, desgraciadamente... Esta noche... las familias se reúnen... Podemos cenar juntos, Dark. Bésame.

Levantándose, ella se aproximó, ofreciéndole la mejilla. Roy Curtis la besó, y ella, conteniendo un sollozo, se le abrazó apretadamente, apoyando su cabeza en el hombro masculino.

—Nieve en las calles, Dark, y nieve en tu corazón, como siempre.

De pronto se apartó, mirando extrañada a Roy Curtis.

—Hay algo distinto en ti, Dark. Pareces más humano, más fuerte, más hombre.

—Tres años han transcurrido, Sandra.

—Pero sigues siendo «el Vampiro». Así te llaman hasta en los bares. Y eres mi hermano. Dame algo fuerte... Coñac, ginebra y Martini. Necesito valor para decirte algo.

Roy Curtis escanció los licores pedidos, y tendió el vaso. Ella bebió ansiosamente.

—Vamos a cualquier sitio, donde tu alma infernal no escuche. Sí, Gregor, que está con la oreja pegada al cerrojo. ¡Y pensar que me enamore de él hace cuatro años! Error de adolescencia. Dame otro cordial, Dark.

—Ya está bien. No bebas más.

—Estás cambiado, Dark. Antes, tú mismo me hacías beber. ¡Gregor! Entra, y estarás más cómodo para, escuchar.

La puerta se abrió, y, sonriendo nerviosamente, entró Gregor Mason.

—Escucha, Sandra... Has venido en un mal momento. Tu hermano y yo, tenemos entre manos un negocio de varios millones. Hay un pequeño peligro, y a ti te gusta mucho vivir. Mejor que te alojes en el hotel, y el veintisiete por la tarde, ven aquí.

Sandra Scotty miró alternativamente al secretario y a Curtis.

—Conservé llave de tu piso, Dark. Muchas veces pensé en tirarla, pero al fin y al cabo, cuando yo era pequeña, tú me protegías. Ahora, me siento muy sola.

—Fiebre pasajera, Sandra. Anda, vete —dijo Mason.

—¿Por qué no le das una zurra, Dark? ¿O sigues dominado por este reptil?

Roy Curtis se acarició la barbilla:

—Hay en juego varios millones, y Gregor teme cualquier indiscreción. No quiere dejarme a solas. Cenaremos aquí, Sandra. Gracias a Gregor estoy en camino de ganar un millón.

—¿Un millón? ¿Y qué es un millón? Te has vuelto modesto, Dark. Los millones ajenos, los barajabas antes con facilidad.

—Pero no me quedaba entre los dedos nada, tangible. Ahora será un millón de los de verdad.

—En la Riviera francesa, se vive muy bien, Dark. Abandona Nueva York, y vente conmigo.

Y Sandra Scotty rió maliciosamente, sirviéndose un combinado abundante en mezcla y cantidad. Bebió a sorbos golosos.

Gregor Mason, nerviosamente, se frotaba las manos. Roy Curtis sentóse, encendiendo un cigarrillo.

Sandra Scotty arrojó el vaso contra el suelo, y señaló:

—De rodillas, Gregor. Tú sólo te arrodillas ante el becerro de oro. Arrodíllate, porque estás ante Sandra, viuda de Legrand, con un palacete en la Riviera, un piso en París, una fábrica de perfumes en Le Havre, y unos nueve o diez millones en efectivo, distribuidos entre varios Bancos europeos. Aquí en Nueva York sólo he depositado en mi cuenta corriente una bagatela: dos millones: Y todo en dólares, hermanito; todo en dólares. ¡Arrodíllate, Gregor, y si me besas el zapato, te firmo un cheque por medio millón!

Gregor Mason arqueó las cejas. Reinó un silencio...

—Estás borracha, Sandra —dijo Gregor Mason—. Los Bancos están cerrados, y estás faroleando. Te fuiste de aquí como institutriz

de unos franceses. Y cada cuatro o cinco meses, pedías dinero, como una mendiga. Tu hermano te envió en total, más de doscientos mil.

—Es que él me quiere a su manera, y ahora he venido a demostrarle que los doscientos mil cuatrocientos dólares que me mandó, han producido buenos intereses. Bastará que venga conmigo, y le cederé la mitad de mis cuentas corrientes, y la gerencia de mi fábrica de perfumes, para que se bañe al despertar y al acostarse con esencia, a ver si se le quita de la piel la peste a «Vampiro».

—No hagas caso, Dark, que tu hermanita siempre gustó de bromas muy pesadas. Se limitaba, tres veces por año, a telegrafiar pidiendo dinero.

Ella hizo un gesto infantil. Tambaleándose, se dió con el puño en la barbilla, unos golpecitos rápidos, exclamando:

—¡Rabia, Gregor, rabia! Soy multimillonaria... lo que no habéis logrado vosotros dos con todas vuestras suciedades financieras. ¡Tengo millones, y si te portas bien, Gregor, te firmaré un cheque por medio millón! Como dice Dark... una cosa tangible. Medio millón de verdad. ¿Yo era una niña frívola con la que tú jugaste, verdad, Gregor? Ahora me besarás el zapato...

—Calla, Sandra —atajó Roy Curtis—. Me molesta oírte. Ríes, y estás con ganas de reventar a sollozos. ¡Y tú, Gregor, sal de aquí!

—¡Esto es, sal de aquí! —gritó Sandra Scotty, empujando a Gregor Mason con rabiosos empujones—. ¡Fuera tú, que envenenaste a mi hermano! ¡Fuera!

Gregor Mason alzó la diestra, dispuesto a aplicar un bofetón de revés a Sandra Scotty. Rodó de espaldas, alcanzado en plena mandíbula por un derechazo de Roy Curtis.

En el suelo, se tocó la mandíbula, agitando la cabeza, medio «groggy». Sandra volvió a abrazarse a Roy Curtis.

—Gracias, Dark. Ahora... ¡eres un hombre! Todo lo doy por bien empleado, porque te has atrevido a zurrar a este reptil. Has cambiado, Dark... y soy feliz... porque todavía hay salvación para nosotros dos.

Se incorporó, lentamente, Gregor Mason. Sus ojos enrojecidos a causa del puñetazo, miraron destilantes de odio a Roy Curtis.

—Delante de mí no se pega a una mujer, Gregor. No tengas miedo, que yo cumpliré lo pactado. Pero ahora, fuera de aquí, porque tu presencia tiene la virtud de exasperar a Sandra. Pasaremos estos tres días con sus noches aquí. Ni llamaré por teléfono, ni saldré. Yo siempre cumplo, Gregor. Y trata de recordar que eres un hombre de negocios, con un cinismo a toda prueba.

Nada de sentimentalismos, ¿recuerdas? Juntos hemos empezado, y juntos terminaremos, si no olvidas, que conmigo no valen trampas. ¡Anda, fuera de aquí, Gregor!

Gregor Mason, palpándose la mandíbula, forzó una sonrisa sarcástica.

—Un cuadro enternecedor. Los dos hermanitos abrazados tiernamente. Nochebuena.

—Un aviso, Gregor. Tú me vigilas, pero ni estás libre tú de vigilancias. Juntos iremos bien, pero no intentes por ti solo negociar, porque te falta coraje. Steve está oyéndonos. El sabrá darte buenos consejos. Cenad aparte. Y cierra la puerta... sin ruido, Gregor. Es Nochebuena.

A solas, Sandra Scotty besó en la mejilla a Curtis.

—Espléndido, Dark. Eres otro; completamente otro. Viril, dominador, seguro de ti mismo. Hasta tu voz ha cambiado, y tu mirada. No eres irónico, sino tajante. No eres un débil listo, sino un hombre inteligente. Si nuestros padres vivieran, los pobres, se sentirían contentos, porque ahora va a dejar de ser «el Vampiro de Nueva York». Sentémonos, y dime cosas cariñosas, a ver si sabes, Dark.

Roy Curtis se sentó, y ella lo hizo sobre sus rodillas, rodeándole el cuello con los brazos, y acurrucándose contra él.

—Como cuando tenía yo siete años y tu trece, ¿recuerdas? Me contabas la leyenda de «El Gato con Botas». Estoy algo chispa, Dark... y si apagas la luz, lloraré muy a gusto...

Roy Curtis sentía nacer en él una atracción física y afectiva hacia la que adivinaba necesitada de cariño y protección. Y al cabo de unos instantes de silencio en la habitación, donde sólo desparramaba tenue luz una pantalla cercana al diván, dijo:

—No llores más, Sandra. Y levántate. Tengo hambre, y vamos a cenar.

Ella pegó sus labios junto al oído de Roy Curtis, y muy quedamente, estremeciéndose, susurró:

—¿Quién eres? Tú no eres Dark... ¿Quién eres?

VII

Norma Randal ayudaba a su hermana a poner la mesa. Sus padres la observaban disimuladamente, pero tranquilizados, porque ella parecía completamente repuesta de su trágico dolor de la mañana.

—¡Llaman al teléfono, papá! —gritó uno de los hijos—. Llaman a Norma.

—Ve tú, Lil, y di a quien sea, que Norma está fatigada.

Tres minutos después, volvía Lil Randal.

—Era un amigo de Roy... Un chico llamado Jerry Smith. Acaba de llegar del Oeste, y dice que Roy le escribió hablándole de ti, Norma. Me ha pedido que le telefonee, porque se encuentra solo, y le gustaría ver a Roy. Que le dé la dirección de Roy. ¿Qué hacemos, padre?

—Bueno, si está sólo... Donde comen siete, comen ocho. ¿Quieres que venga el amigo de Roy, Norma? Voy al teléfono.

—Díle que venga, papá. Así, por teléfono, sería duro anunciarle lo que ha sucedido.

A la media hora, Jerry Smith iba estrechando manos. Apuesto, simpático, no había mentido al decir que «procedía del Oeste», porque había nacido en California.

Lil Randal fué a examinarse al espejo de la vecina habitación. El viejo Randal trató de abordar el tema:

—Mala noticia, muchacho. Usted no habrá leído los periódicos de la noche, y aunque los hubiera leído, no creo haya mucho espacio para la noticia. Roy sufrió un accidente. Bien, se suicidó... Estaba sin trabajo, y se suicidó.

Jerry Smith supo comportarse adecuadamente, y los Randal se encontraron a gusto en la compañía de aquel joven de atlética prestancia, que estaba suscitando un gran interés en Lil Randal.

Ya media cena, fué el mismo Randal el que sugirió que para conocer la ciudad, nada mejor que saliera al día siguiente con las dos hermanas y así se distraería Norma.

Sandra Scotty en pie, encendió la luz central. Roy Curtis

permaneció sentado. Encendió otro cigarrillo.

—Si usted quiere, llamaremos a Gregor.

—No. ¿Dónde está mi hermano?

Roy Curtis se desabrochó el cuello, aflojando el nudo de la corbata. Crispó las mandíbulas.

—Me llamo Roy Curtis, y prefiero que cese el engaño. De todas formas, usted no saldrá de aquí, ni telefoneará a nadie.

—¿Dónde está Dark Scotty? ¡Gregor! —gritó ella, dirigiéndose a la puerta y abriéndola—. ¡Gregor!

Gregor Mason apareció. Apoyaba sobre su mandíbula un pañuelo empapado en linimento.

—¿Quién es este hombre, Gregor?

—Un fracasado, un desgraciado que yo recogí del arroyo, donde vagaba hambriento.

—¡Dark! ¡Dark! ¿Dónde está?

—Murió, Sandra.

Ella, lentamente, se desplomó en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

—Se suicidó ayer noche. Este hombre, por su parecido, aceptó sustituirle, porque era necesario continuar con las operaciones de Scotty. Era necesario. Yo solo, nada podía hacer. Ten calma Sandra. Dark estaba moralmente destrozado, y no era culpa mía. Quiso abarcar más de lo que podía aguantar. Fué un suicidio, y este hombre lo comprobó, como lo han testificado el forense y la policía, al encontrar el cuerpo de Dark vestido con las ropas de éste.

Roy Curtis se levantó, y Gregor Mason retrocedió prudentemente. Pero Curtis, junto al sillón ocupado por Sandra Scotty, dijo:

—Ya está bien, Mason. Ya no hay más que añadir.

Irguió ella el busto, y con agresivo desprecio, mirando a Gregor Mason, le señaló con mano vibrante de furia contenida:

—¡Vampiro! Sigues explotando a Dark, aun después de muerto. ¡Irás a presidio, Gregor Mason! Irás a presidio.

—Cálmate, Sandra. Yo no pude impedir el suicidio de Dark. Si este hombre, con su parecido, me inspiró la idea de proseguir sus complicados asuntos, con ello no perjudico a Dark.

—Sigues manchando su nombre.

—Unos días nada más, Sandra. Después... haz lo que mejor te parezca. Pero ahora, sintiéndolo mucho, he de decirte que mi hermano, yo, y Jim Bromfield, no te permitiremos salir de aquí. No puede fracasar todo un plan laborioso, porque se te haya ocurrido presentarte después de tres años de ausencia. Y usted, Roy Curtis,

no repita su matonería. He desconectado el teléfono, y los dos permanecerán en esta sala. Así lo hemos decidido Steve, Jim y yo.

—No hacía falta, puesto que soy el primero en desear que se realice el negocio. Y si asomase por aquí el acompañante de Loring, usted será el primero en acudir en solicitud de que resuelva yo la papeleta. Nada, pues, de amenazas entre nosotros.

Gregor Mason abandonó el despacho, y Roy Curtis se dispuso a hacer lo mismo.

—¿Adónde va? —preguntó ella.

—Estará mejor a solas.

Cerró Curtis la puerta, y en el salón contiguo.

Steve Mason alzó los hombros:

—Tres noches alerta, Curtis, y cada cual velará separadamente. Jim y Gregor vigilan. Nos turnaremos. Ella no debe salir ni comunicar con el exterior.

Roy Curtis fué a tenderse en un sofá. Y tuvo la certeza de que no pasaría mucho tiempo sin que Sandra Scotty le llamase, como sucedió a la media hora, en que ella abrió la puerta.

Miró a Curtis, y dijo:

—Si Gregor le ha llamado a usted desgraciado, es porque le cree de muy distinta materia a la suya. Acompañeme, por favor, porque si me quedo sola, beberé. No será una cena alegre.

—Yo pediré la cena, Sandra —indicó Steve Mason—. Y... pese a todo, felices Navidades.

Rió ella dolorosamente, volviendo a entrar en el despacho, donde Roy Curtis se acomodó en un sillón.

En silencio, ella, hizo funcionar la gramola con cambiadiscos automático. Y, pieza tras pieza, la música ambientó la soledad de los dos en compañía.

Randolf Ventura subió los escalones de la bodega, y atisbo a través de la estrecha mirilla de la puerta.

Descorrió la barra de hierro que actuaba de cerrojo, y descendió los peldaños, regresando a la mecedora, colocada de través ante tres enormes barriles.

Tras la mesa tosca, con escabeles de idéntica madera de pino sin desbistar, había cinco camastros. Era el refugio de Ventura y los que le habían quedado fieles.

Habían entrado dos hombres.

Tulio se sentó en uno de los escabeles, y a su lado, quedó en pie

un muchacho que no tendría más allá de quince años, con rostro precozmente envejecido y pecoso.

Randolf Ventura alzó la barbilla, en un ademán interrogante.

—Del «Bachelors» salieron primero el chófer y un desconocido, a los que siguió Pecky —y el pistolero señaló con el pulgar al muchacho—. Yo permanecí esperando, y poco después salía Scotty con su secretario, que llegaba el maletín.

El muchacho habló con voz ronca:

—Los dos que yo seguí en «taxi», señor Ventura, se apearon en el muelle de salida de los recreos a Bermuda, y subieron. Me puse a esperar, y en esto vi a Tulio.

—El secretario dejó el maletín en consigna, y con Scotty subieron al barco. Me puse al otro lado del muelle. Había algo de niebla y ventisca. Cuando sonó el segundo toque de sirena, me dispuse a subir a bordo, y entonces Pecky me avisó que había ya bajado uno de los dos que él había seguido. Lo hicieron hábilmente, pero los volvimos a ojear, y los cuatro están de nuevo en el «Bachelors».

—¿Cómo lo sabes, Tulio?

—Vi a Linda con su niña, que nos seguían los pasos, Rand. Y se quedó en el salón de té desde donde ve las dos salidas del «Bachelors», la de coches y ascensores. Está con ella Mink.

Randolf Ventura, en silencio, se balanceó unos instantes en la mecedora. Después, poniéndose en pie, paseó unos instantes por entre los barriles y la mesa, en la húmeda estancia, iluminada por una sola linterna.

—Está claro —dijo incisivamente—. Scotty nos quiso engañar, suponiendo bien que le seguiríamos. Piensa que vamos a desplegar el máximo esfuerzo tratando de asaltar la consigna, para recoger un maletín con piedras. Piensa pasarse los tres días en su piso, el mejor sitio para estar casi a salvo de cualquier intento, porque sabe que lo difícil no es atacar, sino saber retirarse.

Dió unos pasos, reflexionando, y siguió pensando en voz alta:

—Cinco millones nos resolverían la salida. Tengo que evitar el pagarlos. Y ese Scotty no es un necio, y está con tres tipos. ¡Pecky! Vete a ver a Mink, y dile que deje a Linda vigilando y que él busque como, sea un plano del «Bachelors». Oriéntale, dile que vaya a la agencia de alquileres, al aparejador, al arquitecto, al Municipio, donde sea, pero que esté aquí pronto con un plano completo del edificio, y lista de sus inquilinos.

El muchacho se fué, y Tulio, tras cerrar la puerta, fué a tenderse. Dos horas después, Pecky regresaba acompañando al pistolero

Mink, que con reprimido orgullo, dejó sobre la mesa una carpeta.

—Todo lo que pediste, Rand. Aquí está el plano y la lista.

Randolf Ventura pasó media hora hojeando el detallado plano del gran edificio; y los nombres de sus ocupantes.

—Venid acá. Ocho garajes por planta, y éste es el piso de Scotty. Y fijaos en este plano. Los despachos y dormitorios están «a prueba de ruido». Es decir, se puede disparar, sin llamar la atención. El piso gemelo a la izquierda del de Scotty, lo ocupa su secretario. Seguramente tendrá puerta de comunicación.

Los dos pistoleros y el muchacho estaban inclinados sobre la mesa, a espaldas y al lado de Ventura, siguiendo cuantos gestos éste hacía, apoyando el índice en el plano de las anotaciones.

—El piso de arriba y el de abajo de Scotty, sería fácil allanarlo. Seguramente, sus dueños irán a festejar la Nochebuena en casa ajena o en el club. Pero no podríamos abrir boquete, ya que arriba o abajo los cuatro estarían alerta.

—¡Rand, el montacargas! —exclamó Tulio.

—Acertaste. Ya lo dice este resumen de propaganda. Hay en los bajos un servicio permanente de restaurat a la carta. Cada inquilino, colocando en su montacargas la hoja con el pedido, verá subir lo que desee, sin la indiscreta presencia del camarero. Pero hay una dificultad, Tulio. La cabida del montacargas. Vamos a pensar que nos metemos en uno de los pisos, cualquiera, mejor el de abajo, en línea vertical con el de Scotty, abriendo la portezuela, al paso del montacargas cuando suba, uno se mete dentro... Por deducción, hemos de pensar qué estarán todos rodeando el maletín en el piso de Scotty.

—Los dos nos podríamos meter en el piso del secretario, Rand —sugirió Tulio—. Mink y yo en el piso, del secretario, hallaríamos la puerta de comunicación. Éste sabe «trabajar» un cerrojo sin ruido, y desde dentro podría hacerlo.

—Es arriesgado, porque pueden oírlo. Hay un sistema mejor. Cada piso tiene teléfono. Cuando Pecky y yo nos metamos en el piso inferior al de Scotty, vosotros estaréis ya dentro del del secretario, y bastará que llaméis al piso donde Pecky y yo estemos. Ahora, son las siete y media. No cenarán antes de las nueve. Vamos allá. Pecky: sal a ver cómo está la calle.

Cuando iban ya en el coche, dijo Randolf Ventura:

—El plan no puede fallar. Por el montacargas sabré yo cuándo Scotty pide la cena. Vosotros dos descolgad el teléfono del piso del secretario cada minuto, comunicando conmigo, sin hablar. Cuando suba el montacargas con la cena, Pecky y yo nos meteremos dentro.

Pecky tiene pocas carnes. Antes, os avisaré, y bastará que calculéis diez segundos. Entonces, derribáis la puerta de comunicación, y los cuatro tratarán de acudir a la puerta. Entonces, Pecky y yo dispararemos a gusto. Vamos a averiguar si el piso inferior al de Scotty está ocupado. Baja, Tulio, y llama por teléfono. Si está el dueño, mandaremos a Linda que sabrá quitarlo de en medio, y darnos el paso libre.

El piso inferior al de Scotty estaba vacío. El teléfono no contestó. A las ocho y cuarto, gracias a las ganzúas de Mink, Randolph Ventura y Pecky estaban en el piso. Sobre sus cabezas, el techo les separaba del maletín. Y a un lado del despacho estaba el montacargas.

Tulio y Mink penetraron en el piso de Gregor Mason, y por el plano, localizaron la puerta de comunicación, junto a la que se colocó Mink. En el despacho, Tulio, descolgaba el teléfono cada minuto, marcando el número del piso donde Randolph Ventura esperaba el momento en que el montacargas, que había subido y bajado varias veces, llevara en el sujetador de pedidos, la hoja con el número del departamento de Dark Scotty.

VIII

Sandra Scotty detuvo el tocadiscos. Encendió otro cigarrillo, y miró su reloj. Comentó:

—Son las ocho y media, y hace ya veinte minutos, que usted guarda silencio. Dark ha muerto, y yo estoy secuestrada. Ustedes cuatro parecer temer una amenaza mortal. Es una Nochebuena tétrica. Hable, diga algo; no permanezca así, pensativo. Todo esto es horrible. Llamaban a Dark el Vampiro, pero ustedes son cuatro vampiros, explotando no sé con qué fines, su parecido físico con mi hermano. Y debo permanecer dos noches más, aquí, secuestrada.

—No hay secuestro. Son varios millones en juego, y cualquier indiscreción los podría poner en trance de perderse.

—¿Para qué quiere usted un millón.?

—Porque he pasado hambre, frío y vergüenza. Esto no lo entiende usted, Sandra.

Ella se levantó, acercándose al mueble-licorera surtidísimo, del que levantó el compartimiento de coctelera.

—Usted explota su parecido con Dark... y terminará trágicamente. La ambición, cuando no sigue un camino leal, trae desgracia. Le habló así, Roy Curtis, porque usted es un desgraciado que ha sido alucinado por Gregor.

—No sufro alucinaciones. Busco un millón, y lo tendré el día veintisiete. Eso es todo.

—Escuche, Curtis... Yo le puedo dar este millón, pero déjeme ir a poner en claro todo. Dark tiene derecho a reposar en un sitio donde yo pueda dejarle flores, y no a la fosa común de los que salen del depósito judicial, sin que ningún familiar los reclame.

No estoy solo en este asunto, Sandra. Los otros no aceptarían. Podrá arreglarlo, cuando el día veintisiete quede acabado el negocio.

—¿Usted cree que Gregor le dejará libre? ¿Usted cree que Gregor es, como usted, recto aun en el mal camino? Es ingenuo, Curtis.

Roy Curtis se encogió de hombros. Sandra Scotty, de la pequeña nevera sacó varios tarros de cristal. Dijo acremente:

—El alcohol, a veces, hace olvidar muchas miserias. Esta será una Nochebuena que nunca olvidaré. ¿Cuál es su cóctel preferido,

Curtis?

—No los bebo.

—Ya. Usted es de los «secos», sin mezcla. Le prepararé el apropiado. Un Martini.

Y, a medida que iba maniobrando, explicaba:

—Una mitad de vermut seco, y una mitad de ginebra. Limón. Agítese con energía.

Al cabo de un instante, colocó el vaso junto al sillón ocupado por Roy Curtis. Insinuó, al inclinarse:

—Usted me cree una odiosa y frívola estúpida.

—Usted busca aturdirse, y no se lo reprocho, Sandra.

—Ahora me prepararé el mío. ¿Ha oído hablar del «Alexandra»? Es mi nombre, pretencioso. Después, cenaremos. Yo haré la lista del menú. Tengo experiencia. Déme la hojilla para que el montacargas suba dentro de poco, con su cena de Nochebuena. Un «Alexandra», para empezar.

Mezcló, agitó y fue explicando:

—Un cuarto de crema fresca, un cuarto de crema de cacao, una mitad de ginebra. Espumoso y suave, pero engaña... Engaña.

Alzó la copa mirando a Curtis. Bebió, echando atrás la cabeza. Al dejar el vaso vacío, comentó:

—Usted no ha bebido, Curtis.

—No me apetece.

—¿No será que quiere conservar la cabeza despejada?

—Puede que así sea.

Preparó otro ella, diciendo:

—«Gin Fizz» ¿Ve, Curtis? Estos tres cócteles, son los más conocidos, y son frases que en todos los lugares del mundo donde se despacha el opio moderno, las están repitiendo miles de seres: «Un Gin Fizz, por favor». «Déme un Martini». «Prepare un «Alexandra»... ¿Por qué no dice que me calle?

—Peor sería que se callase, Sandra.

—Usted me tiene lástima.

—No. Me limito a verla y oírla. Si usted quiere embriagarse, no he de impedírselo. Lo que sí puedo evitar, es embriagarme yo.

—En la guerra, dicen que se bebía mucho.

—Agua bebía yo. Esta es la hojilla, Sandra.

Ella se sentó tras la mesa despacho. Abrió un cajón, y vio la pistola que había pertenecido a Hobart Loring, y que estaba envuelta a medias en un pañuelo.

Roy Curtis encendía un cigarrillo. A su lado, el vaso seguía intacto con su contenido de vermut y ginebra.

Sandra Scotty murmuró:

—Tengo una pistola al alcance de la mano, Curtis.

—Fué un enemigo de su hermano el que quiso emplearla contra mí. Le falló.

—Yo podría tener mejor suerte.

—¿Para qué quiere emplearla?

—Usted me retiene aquí contra mi voluntad.

—Yo no, sino las circunstancias. Usted puede disparar, pero hay otros tres hombres en el piso, dispuestos a no dejarla salir.

Ella escribía ya en la hojilla de pedido. Dijo al terminar:

—A mi hermano le gustaba mucho el salteado de setas con nata y jugo de fresa. Lo he pedido. ¿Quiere revisar? Hay también champaña. Lo clásico.

Roy Curtis se levantó, y, acercándose a la mesa, cogió la hojilla, que leyó detenidamente.

—Hombre prudente. Ha querido comprobar si yo no escribía una nota diciendo, por ejemplo, al jefe de cocina que avisara a la policía. Iba a hacerlo, pero supuse que usted pensó en ello. ¿Puedo ya meter la hoja en el sujetador del montacargas?

—Yo lo haré; no se moleste.

Abrió la portezuela, y en el sujetador lateral independiente del cajón de carga, insertó la hojilla, y al pulsar un resorte, el sujetador empezó a descender.

Sandra Scotty fue a sentarse junto a la mesita, a un lado del espacio abierto por el que el montacargas habría de presentar la cena.

Acercó el carrito-mesa con la coctelera y tres frascos. Roy Curtis insinuó:

—Si prefiere cenar sola, me lo dice. Bastaría tener la puerta abierta para impedir que usted avise.

—Puedo soportarle, Curtis. A solas creo que estallaría. Deseo hacerle una pregunta impertinente. ¿Tiene usted esposa?

—No.

—¿Novia?

—Sí.

—No la quiere usted.

—Esto usted no lo sabe.

—Si la quisiera, no la dejaría sufrir creyéndole muerto.

—Se trata de un millón.

—El amor, dicen qué vale más que el dinero.

—Sin dinero, el amor se agria.

—Yo, si fuera su novia, no le perdonaría...

—Ella comprenderá.

—La ambición masculina es muy distinta a la nuestra.

En la sala contigua, Gregor Mason bostezo. Miró a su hermano.

—Yo quisiera dormir, Steve.

—Hazlo.

—Me despiertas a las doce. Cenaremos entonces juntos, ¿quieres?

Se tendió Gregor Mason en el diván, desapareciendo a la vista de su hermano, el cual dejó sólo encendida una pantalla.

—El sexto y último —dijo Sandra Scotty apurando otro cóctel—. Ahora empiezo a creer qué la muerte de Dark no la hubiese podido impedir. También él anteponía su ambición a su cariño. Porque, a su modo, me quería. Tarda en subir la cena, Curtis.

En el departamento de abajo, Randolph Ventura, pistola en la diestra, aguardaba el ascensor. A su lado, Pecky susurró:

—¿A quién disparo, señor Ventura?

—Te colocarás, como te he dicho, a la izquierda, y tal vez no necesitarás apretar el gatillo, porque Tulio y Mink atraerán a los cuatro. Cuando nosotros aparezcamos, seguramente esos cuatro estarán luchando ante la puerta de comunicación de los dos pisos.

Pecky, nerviosamente, se pasó la lengua por los labios, porque veía asomar el borde alto del cajón, llevando la cena.

Randolph Ventura presionó, deteniendo el montacargas. Señaló a Pecky el teléfono, y el muchacho corrió, para susurrar:

—Vamos a subir, Tulio.

En el montacargas, había espacio suficiente para los dos, arrodillados, que sé encorvaron, pistola en ristre. Accionó Ventura el izador, y el cajón fué lentamente ascendiendo...

Roy Curtis, junto al abierto compartimiento, hizo un gesto de extrañeza. Las dos correas y los cables se habían detenido...

Esperó, y de pronto, ordenó con rapidez:

—¡Échese al suelo, tras el entrante! Pronto.

Había oído, amortiguados, los golpes dados en la puerta de comunicación de los dos pisos. Corrió a abrir la puerta y vio a Jim Bromfield y a Steve Mason acudir hacia donde alguien estaba descerrojando...

Volvió junto al abierto compartimiento. Las correas y los cables entraban de nuevo en acción, denotando que el montacargas volvía a ascender.

En el suelo, Sandra Scotty quedaba oculta por el saliente del muro en su ahuecamiento para dar cabida al montacargas.

Vió cómo, adherido a la pared, Roy Curtis mantenía la pistola

junto a su sien.

El montacargas chirrió levemente... Tres habitaciones más allá, se oyeron por la puerta abierta, unos taponazos repetidos...

Disparos.

Tulio y Mink retrocedían, porque la puerta se abría e irrumpían disparando, Jim Bromfield y Steve Mason.

Los dos pistoleros apretaron repetidamente sus gatillos...

El montacargas se inmovilizó, y por un instante, contuvo Roy Curtis la respiración.

Dos piernas aparecieron, y después el busto de Randolph Ventura, seguido por el muchacho.

Randolf Ventura se ladeó un instante a la izquierda y giró el rostro a la derecha. Quiso elevar la diestra armada, y fué entonces cuando Curtis disparó.

Los dos plomos penetraron en el entrecejo y en la frente de Randolph Ventura, que saltó hacia atrás, alcanzado de muerte. En su salto agónico, derribó a Pecky.

Roy Curtis esperó un instante, encañonando el montacargas, pero comprendió que no podía haber nadie más.

Habían enmudecido los disparos entre Tulio, Mink, Bromfield y Steve Mason.

Roy Curtis colocó su pie derecho sobre la muñeca armada de Pecky. Se inclinó, y, apretando, recogió el arma, al abrir la mano el muchacho.

—Ponte en pie, chico. Tienes pocos años para estos trotes —dijo Curtis, mordiendo las palabras.

Pecky alzó las dos manos, temblando... Se adosó a la pared, pálido, con arcadas, a punto de vómito.

En el suelo, Randolph Ventura, inmóvil, presentaba la faz hinchada, azul. El montacargas, al fondo, ofrecía en sus soportes los platos solicitados, y las botellas en sus cubos de hielo.

Sandra Scotty se levantó con dificultad horrorizada. Fué a beber ansiosamente.

—Quieto, chico, si no quieres acompañar a ése —conminó Curtis, señalando con la pistola a Ventura.

Se oían pasos cercanos. Roy Curtis asió por el cuello a Pecky, obligándole a dar media vuelta, manos en alto.

Encañonó la puerta, arrodillándose, vigilando de soslayo al muchacho. Tambaleándose, apareció Steve Mason, con un gesto de dolor en el rostro. Una mancha roja se extendía al lado izquierdo de su americana...

Avanzó, y dando un traspiés se asió a un sillón.

—Mataron a Bromfield —murmuró fatigosamente—. Eran dos... y están fuera de combate... Me dieron en el pecho... Creo que voy mal...

Cayó de bruces, desmayado.

Roy Curtis miró a Gregor Mason que aparecía, demudado. Explicó, a la vez que se arrodillaba ante su hermano:

—Yo estaba durmiendo, en el diván. Llegué tarde... Estaban ya muertos, Bromfield, y los otros dos... ¡Steve!

—Habrá botiquín, Gregor. ¿Sabe usted curar de urgencia?

—No.

—Tome la pistola, y vigile a este chico. Él hablará. Este del suelo es el que acompañaba a Loring.

Sandra Scotty, desplomada en una silla, trataba en vano de apartar los ojos del cadáver de Randolph Ventura...

Roy Curtis asió por los sobacos a Steve Mason, y arrastrándolo, lo llevó al cuarto de baño.

Allí le quitó la americana, la camisa, y miró ceñudo los dos orificios negros encima y debajo de la tetilla izquierda de Steve Mason. La sangre se había detenido.

Abrió el armario botiquín, y empapó algodones con agua oxigenada. Los fue introduciendo, con ayuda de un lápiz, en los orificios. Steve Mason gemía.

Colocó esparadrapo cubriendo los taponamientos. Regresó al despacho. Gregor Mason seguía encañonando a Pecky. Sandra Scotty bebía...

—Tiene, que llevar a su hermano a un cirujano, Gregor. Tiene dos balas en mal sitio, y no puedo extraerlas. Tú, chico, siéntate allí.

Gregor Mason dijo:

—Puedo telefonar a un cirujano, que vendrá.

—Haga lo que quiera —replicó, con desprecio, Curtis—. Steve es su hermano.

Gregor se dirigió al teléfono. Sandra Scotty comentó agudamente:

—¡Cobarde! No quiere irse, para que no quedemos solos usted y yo, Curtis. Prefiere que su hermano se muera.

—Tanto se tarda en ir, como en que venga el cirujano —indicó Gregor Mason, marcando un número.

Roy Curtis cogió el vaso con el «Martini». Le bebió de un sorbo.

Hablaba Gregor Mason por teléfono:

—...Pronto, Malcolm. Es urgentísimo. Pronto. Soy Gregor Mason. Ven en seguida. Te estoy esperando

Colgó el auricular, y observó:

—Será preferible que el cirujano no vea a los muertos.

—Escóndalos, pues.

A rastras, se llevó Gregor Mason el cuerpo inerte de Randolph Ventura. Pecky, en su rincón, sentado, trataba de dominar sus temblores.

Sandra Scotty iba sacando del montacargas cuanto contenía, colocándolo en la mesa...

Y de pronto, sollozando, se dejó caer en su silla, ocultando el rostro entre las manos.

Roy Curtis miró al muchacho.

—Habla, chico, ¿quién era el que te acompañaba?

Pecky crispó las mandíbulas, y sus labios lívidos, quedaron reducidos a una línea delgada, blanca.

Roy Curtis murmuró:

—Trate de serenarse, Sandra. Estos eran pistoleros. Oye, chico, viniste a matar, y muy joven empiezas. No tendré el menor miramiento contigo. Habla, y no te pasará nada.

—Yo no sé...

—Habla.

—Era Randolph Ventura.

—¡Ahora sé por qué me era conocida su cara. Ventura, tenía tras él a todo el F.B.I. ¿Los otros dos?

—Tulio Carmino, y Oscar Mink Yo sólo era, un enlace. No he disparado nunca.

—¿Quién más vigila la casa?

—Linda y la niña.

—¿Dónde están?

—En el salón de té, frente a las salidas.

—Reflexiona, y responde bien. Yo no soy policía. Ventura debía darme cinco millones el veintisiete, a la una. No trabaja por cuenta propia. Tú sabes quién paga.

—Yo no. Lo sabe Linda. Palabra que sí. Esto no lo sé. Déjeme irme, señor Scotty.

Gregor Mason entró.

—Encerré a los cuatro en el despacho de mi piso. No tardará en venir el médico.

—Esté, pues, a la espera.

—Pueden... venir otros.

—No. Los periódicos ya dijeron que Randolph Ventura, no tenía más que dos pistoleros con él. Este chico es un enlace, y hay una mujer que es la que sabe quién ha de dar el dinero.

—El médico llamará a mi piso.

—Vaya.

Roy Curtis se levantó.

—Encierre a este chico Con los otros. Es el sitio más seguro.

Gregor Mason se llevó a Pecky, en cuya espalda aplicaba el cañón de su pistola.

Roy Curtis se quitó la americana, la corbata, y abrió varios botones de su camisa.

—No diga nada, no comente, Sandra. Comprendo que es horrible lo que acaba de ver, pero también es testigo de que, si no disparo, Ventura me hubiese liquidado. Venían por un maletín, y que vale cinco millones.

—En cinco minutos, cuatro hombres han muerto, y otro agoniza. ¡Pero tocará a más, Roy! Cinco millones a repartir con Gregor, aunque de aquí al 27, pueden venir otros pistoleros.

—No vendrán más pistoleros. Randolph Ventura quiso ahorrarse un pago. El que está tras esto, pagará. Coma algo Sandra.

—Sólo tengo sed; mucha sed.

En silencio, ella siguió bebiendo champaña.

—Beba, y cuanto antes duerma, mejor.

Roy Curtis empezó a comer, y al cabo de unos minutos, exclamó ella:

—¿Cómo puede comer?

—Murieron más en el Pacífico, y no eran pistoleros ni ambiciosos. Aquí no han muerto hombres, sino instrumentos al servicio de ambiciones opuestas.

En el dintel, apareció Gregor Mason. Se mordía los labios.

—El cirujano está sacando las balas, Curtis. Steve vive.

—Quédese aquí, mientras voy por si requiere ayuda.

En el cuarto de baño, el cirujano apenas miró a Curtis. Se limitó a decir:

—Es grave, Scotty. Haré lo que pueda.

La lanceta hurgaba, y el bisturí iba cortando para facilitar la extracción. Steve Mason no se movía, y el cirujano, arrodillado, movía con habilidad las enguantadas manos.

Por fin, se enderezó. El torso de Steve Mason aparecía rodeado por un vendaje que sostenía, dos opósitos.

—Mañana a esta misma hora, levantaré los opósitos... si vive. No puedo hacer más, Scotty. No lo toquen; déjenlo como está. Si pide agua, mójenle los labios con jugo de limón, y pónganle hielo en la nuca.

Cerró su maletín, y, al atravesar el vestíbulo, añadió:

—Mañana, a esta misma hora, vendré. Puede vivir; hay una

probabilidad sobre cien.

Le abrió Curtis la puerta, y en el dintel, dijo el cirujano:

—Prepáreme mañana un cheque por cincuenta mil, Scotty. Es caro, pero incluyo mi riesgo de perder la licencia y la condena de...

Cerró Curtis la puerta. Regresó al despacho.

—Creo que Steve se salvará, Gregor. No hay que moverlo. Si quiere beber, jugo de limón en los labios, y póngale hielo en la nuca. Vaya a ver al chico, y que le describa a Linda.

—Sandra está medio enferma. Es preferible que, para nuestra seguridad, se quede encerrada en compañía de los otros seis.

Sandra Scotty tenía expresión vacua en el semblante. Roy Curtis denegó:

—Con los seis, no. En la alcoba.

—Podría llamar.

—Bájela aquí, entonces. Yo dormiré cuando usted me revele.

Roy Curtis siguió cenando. Sandra Scotty se tendió en el diván, y pronto su respiración anunció que dormía profundamente.

Pasó media hora. Gregor Mason entró:

—Linda es una artista de varietés. Tiene una niña de dos años. Linda es alta, pelirroja, y ojos verdes.

—Basta para reconocerla. Ella sabe quién pagará los cinco millones. Voy a buscarla.

Gregor Mason asintió, diciendo:

—Ella puede reconocerle.

—También le conocerá a usted. Es preciso correr este último riesgo. Randolph Ventura queda coger los cinco millones. Pero el que le pagaba, no hará lo mismo. Es puro negocio, Gregor. Linda aceptará ser mensajera, y vendrá aquí.

Cogió Curtis un impermeable y abandonó el piso, bajando por el ascensor. Al llegar a la calle la nieve había cesado de caer. Un frío seco reconfortante, le invadió los pulmones ahitos de la tibieza de la calefacción.

Atravesó la calle, hacia los cristales empañados del salón de té. Había poca gente en el interior.

Una mujer alta, pelirroja estaba ayudando a beber chocolate a una niña de rubios rizos alborotados.

Alzó los verdes ojos al divisar a Roy Curtis, parado ante su mesa.

—Tulio, Mink, Pecky y Randolph son mis huéspedes, Linda. Usted ya sabrá quién soy.

—Sí. Usted es Dark Scotty.



—Ponte en pie, chico. Tienes pocos años para estos trotes.

—Advierta al que sabemos, que podrá llevarse a los cuatro y el maletín, cuando me traiga los cinco millones. Nada más, Linda. Y... sea mejor madre. Es peligroso llevar a la niña en misiones como ésta. Suerte que a mí sólo me interesan los cinco millones, y no soy sanguinario. Felices Navidades... y que no se repita la sucia jugada.

Ella nada replicó. Poco después, Roy Curtis estaba de nuevo en el despacho, donde Sandra Scotty dormía, y Gregor Mason bebía.

Se tendió Curtis en un sillón.

—Despiérteme cuando quiera dormir, Gregor. Creo que, esta vez, todo está solucionado.

Y Roy Curtis cerró los ojos, tardando en coger el sueño. Cuando despertó, era ya de día. Gregor Mason, ardientes los ojos, murmuró:

—Ha muerto... ha muerto, sin decir nada. No me dijo nada... Sólo me miró, y me miraba de forma extraña, como si se burlara de mí.

—Ha pasado una mala noche, Gregor. Vaya a dormir. Hoy tendremos los cinco millones, o noticias de ellos. Cinco millones; no piense más que en esto.

Tambaleándose, Gregor Mason salió. Roy describió las cortinas. Veíanse los rascacielos coronados de blancura, a través de la ventana de la otra habitación.

Sandra Scotty se incorporó vivamente, arreglando sus ropas. Roy Curtis manifestó:

—Creo que hoy se acabará su molesta situación, Sandra. Todo esto habrá terminado.

Sin contestar, ella fué al cuarto de baño. Abrió la puerta, y retrocedió, ahogando un grito.

En el suelo veía a Steve Mason, inmóvil, demacrada la faz. Y a su lado Gregor Mason lloraba grotescamente, retorcido el rostro, arrodillado.

Fué ella retrocediendo, y Roy Curtis indicó:

—En el otro piso, puede usar el cuarto de baño. La acompañaré.

Quedó él afuera, y esperó una media hora. Por fin, salió Sandra Scotty envuelta en un albornoz.

—Cuando tenga el dinero, ¿qué hará?

—Ir en busca de mi novia, y marcharme de los Estados. En Navidades, todo el mundo viaja.

—Y aquí han muerto cinco hombres... Es la herencia de Dark, «el Vampiro». Abandone todo esto, Curtis. Ahora que Gregor no puede oírnos, escúcheme. Dejemos este macabro sitio, explíquelo todo a la policía, y yo le prometo que...

—Usted acaba de decirlo. Han muerto ya cinco hombres. Y estoy a punto de conseguir la riqueza, la libertad, el buen vivir.

—No. Está a punto de emprender un camino de lobo solitario, perseguido donde vaya, sin amor, porque ella, su novia, no podrá perdonar.

—Me quiere... Pediré el desayuno, Sandra. De todos modos, gracias. Todo ha sido un encadenamiento de cosas fatales, y nadie puede apartarme de seguir mi camino hasta el fin, que ya está próximo. Ahora, un buen desayuno la reconfortará.

El montacargas ascendió, sin más presencia que la de las bandejas con el servicio completo.

Gregor Mason vino a desayunar. De vez en cuando, miraba de soslayo, con ojos extraviados, a Roy Curtis...

IX

Norma Randal sentía que la tristeza sería para siempre su eterna compañía. Pero su actitud tranquila, como decidida a olvidar, hicieron que su familia acogiese el día de Navidad con regocijo habitual.

Al quedarse a solas con su hermana, observó cómo ésta ponía, un especial cuidado en su persona, sacando las mejores prendas, las que sólo llevaba en ocasiones excepcionales.

Faltaban unos minutos para que viniera Jerry Smith a buscarlas. Y Norma llevaba la ropa que hubiera deseado, estrenar en compañía de Roy Curtis.

Estaba bonita con el gorro de piel, el chaquetón largo y el manguito, complementando una falda escocesa, y los zapatos tobilleras con vuelta.

Hundidas las manos en el manguito, paseó por la segunda sala, hasta lograr su propósito. Se colocó de espaldas a una cómoda, hablando con su hermana, mientras ésta acababa de retocar su maquillaje.

Deslizó la mano derecha hacia atrás, abriendo un cajón. Allí guardaba el viejo Randal, un revólver que había ganado en un concurso de tiro. Recogió la cajita de cartuchos, y, protegidas las dos manos, bajo el manguito, le fué fácil ir colocando cartuchos en el tambor.

Seis cartuchos que vaciaría sobre Dark Scotty, aquel mismo día, yendo en su busca, estuviera donde estuviese.

Volvió a dejar la cajita, y empujó con la cintura el cajón, cerrándolo. Con las dos manos en el manguito, nada dejaba adivinar que llevaba el revólver, con el seguro puesto.

Eran muchas las veces que había acompañado a su padre a los concursos, y le había visto manejar el arma; ella misma había tirado al blanco, logrando algunos aciertos.

Y tenía la certeza de que no fallaría, disparando a través del manguito apenas se viera ante Dark Scotty, sin darle tiempo a hablar. «El Vampiro de Nueva York», el culpable de tantas ruinas de gente modesta, iba a morir. Roy Curtis sería vengado.

Sandra Scotty comentó, en el despacho:

—Gregor duerma. Reflexione sobre lo propuesto, Curtis.

—No voy a abandonar lo que tanto ha costado.

—Moralmente...

—Cuando se pasa hambre la moral no alimenta.

—Este cinismo me disgusta en usted, Curtis.

—No hablemos de mí, Sandra. Hablemos de Dark... Usted, según dijo, es multimillonaria, aunque Gregor cree que es mentira.

—Es verdad. ¿Y qué?

—Gregor me ha puesto al corriente de los complicados negocios que emprendió hace tiempo Dark. Cuanto hizo en la Bolsa, engañando a otros vampiros, esto no tiene importancia. Pero si usted realmente quería a Dark tiene una obligación.

—¿Cuál?

—La de rehabilitar su nombre. Me explicó Gregor lo que hizo Dark para conseguir el primer millón. Fundó una sociedad, magníficamente combinada, con acciones de mil dólares, y fueron muchos los modestos ahorros que se llevó. Legalmente no podía reclamársele nada. No importa que chantajistas maldigan de Dark. No importa que financieros turbios maldigan de Dark. Pero, usted rehabilitaría la memoria de Dark Scotty, ante un centenar de personas modestas.

—Siga.

—La lista de los accionistas está en aquella carpeta. No sé por qué, pero Dark la conservaba. Yo no la he leído, pero suma ciento diez personas, algunas que intervinieron con mil dólares, otras con veinte mil. Han pasado cinco años, y acumulando intereses, los que prometía Dark, usted, si realmente es multimillonaria, tiene el modo de rehabilitar la memoria de Dark, para que dejen de llamarle, «Vampiro». De una manera muy fácil.

—¿Cómo?

—Haga publicar que en su testamento, Dark Scotty cumple lo que prometió. Que si cometió acciones al parecer reprobables, no dejaba de pensar en beneficiar algún día a los primeros que le aportaron el primer peldaño para su trapicheos. Si hasta hoy muchos maldicen de Dark Scotty, figúrese el cambio, cuando los perjudicados, gente en su mayor parte modesta, vuelvan a entrar en posesión no sólo de su dinero, sino de los acumulados intereses. Una pequeña fortuna.

—Usted es un sentimental, Curtis.

—Y usted también. Todos lo somos en distintas, escalas. No existe el ser humano químicamente puro en la maldad.

Sandra Scotty se levantó, yendo a recoger la carpeta señalada por Roy Curtis. La abrió, diciendo:

—Al menos, en el cálculo entretendré varias horas.

Fué apuntando con un lápiz las acumulaciones de intereses. Escribía la cifra total, al lado de la entregada, en la línea, del nombre.

Junto al de Randal, que cinco años antes entregó veinte mil dólares, escribió, después de complejas, adiciones:

«37.000».

Roy Curtis cogió el teléfono, al repicar éste.

—Hable.

—¿Quién?

—Dark Scotty.

—Linda comunicó anoche su mensaje. Conforme. Pero no deseo que me identifique.

—Ni me importa. Ya sabe usted qué es lo único que me importa.

—Poseo lo que le importa, porque lo tenía ya preparado. Yo no di instrucciones a mi delegado para que intentara lo que intentó. Puedo jurárselo.

—No me hace falta. Se que usted es hombre de negocios.

—Haremos el intercambio, del siguiente modo: En el ascensor número tres de su casa. A las doce en punto, subiré en él. La carencia de empleado, es otra ventaja del discreto «Bachelors». Usted esperará con la mercancía. Le abriré, y entrará. Podremos comprobar rápidamente, y sin necesidad de abandonar el ascensor.

—De acuerdo. A las doce en punto, esperaré.

Colgó Curtis. A su lado Gregor Mason, extraviados los ojos, preguntó:

—¿Ya?

—A las doce en punto, un hombre que no quiere ser identificado, subirá en el ascensor, trayendo los cinco millones. Y yo, a las doce y cinco minutos, le entregaré su parte y la de su hermano, Gregor. Dos millones. A las cinco y diez, me despediré de ustedes.

—No —dijo Gregor Mason—. Usted seguirá conmigo, porque éste fué el convenio. Usted seguirá siendo Dark Scotty.

—Mi convenio fué ganar un millón, y le proporciono a usted dos. Está usted algo desquiciado, y no se lo reprocho, Gregor. Pero trate de recordar que quien pretende jugar sucio conmigo, termina mal. De cuantos emprendimos este negocio, dos han muerto. No añadamos un tercero. Y no sería yo...

—La Bolsa volverá a abrir el 27. Antes de fin de año, con este

dinero, podemos haber ganado una fabulosa cantidad.

—Me basta con tres millones. Seguir el juego sería estúpido. Y por otra parte, no pretenderá tener a Sandra secuestrada hasta fin de año. Ya está bien, Gregor. Lo que empezó siendo una suplantación, ha ido adquiriendo carácter trágico.

Miró Curtis su reloj. Marcaba las once y media. Gregor Mason, vuelto de espaldas, parecía absorto en la contemplación del trozo de suelo comprendido entre sus pies.

En Coney Island, Jerry Smith, con las dos hermanas Randal, desfilaba por entre las numerosas familias, que se dirigían hacia el teatro infantil.

Lograron sentarse en el interior del gran local, decorado con árboles de Navidad. Pidieron el tradicional «grog», y Norma Randal recogió de una mesita próxima, un listín de teléfonos.

Fué hojeándolo, mientras Jerry Smith, con agrado, se entretenía conversando con Lil Randal.

Norma Randal, al llegar a la columna «SCA», fué repitiéndose mentalmente la dirección de Dark Scotty, la privada.

Se levantó. El reloj marcaba las doce y dos minutos. Dijo que iba a probar suerte en el kaleidoscopio de vistas con premio.

Jerry Smith se distrajo un solo instante en su vigilancia, porque Lil Randal requería su ayuda para que le sacase una mota de ceniza que habíase introducido entre las largas pestañas.

Norma Randal salió apresuradamente, subiendo a un «taxi». El estudiante del F.B.I., fracasaba en su primer intento de vigilancia, porque a su lado, tenía una mujer bonita que no le ocultaba su naciente amor.

El «taxi» recorrió las calles, en dirección al «Bachelors». Bajo su manguito, Norma Randal sentía el reconfortante contacto de la culata y el guardagatillo vengador...

X

A las doce menos un minuto, Roy Curtis anunció:

—Voy al ascensor, Gregor.

El secretario, nada replicó. Tenía la convicción de que no le traicionaría.

Con el maletín en la diestra, Roy Curtis se aproximó a la caja número tres. Iba ascendiendo el ascensor destinado al uso discreto de las visitas de los solteros.

Se detuvo el ascensor y la puerta abrióse. Entró Curtis. Había un individuo, alzadas las solapas del abrigo, envuelto la mitad del rostro en blanca bufanda, y caída el ala delantera del negro fieltro.

Llevaba bajo el brazo una cartera. Presionó con la enguantada, mano el botón, y el ascensor siguió subiendo.

Roy Curtis depositó en el suelo el maletín, abriéndolo. Conservaba la cabeza en alto, vigilando al enmascarado.

Éste dejó en el suelo la cartera, abriéndola. Nada dijo, sino que recogió uno de los tubos del maletín, examinándolo al trasluz de la iluminación de la caja, que seguía subiendo.

Roy Curtis comprobó el contenido de la cartera. Fajos de billetes de mil en dólares, libras esterlinas, francos suizos y belgas.

El enmascarado volvió a presionar el botón, y el ascensor empezó a descender. Tenía ya asido el cerrado maletín, y Roy Curtis, bajo él sobaco, la cartera.

—Asunto concluido —dijo Curtis.

—Falta algo —replicó, ahogadamente, el desconocido.

—Ventura y su orquesta. Puede recogerlos.

—Tráigalos aquí.

El ascensor se inmovilizó

—Mejor sería que fueran al garaje —indicó Curtis.

Y de pronto, agachándose, aplicó un fuerte cabezazo en el estómago del desconocido, que se arqueó hacia adelante para salir levantado hacia arriba al recio puñetazo en la barbilla que conectó Curtis, que a la vez asestaba un izquierdazo a la carótide.

Desplomóse el enmascarado, como un fardo. Le quitó Curtis la bufanda. El rostro que apareció había sido retratado por los reporteros. Era el de un agregado de embajada.

Abrió Curtis la puerta del ascensor, asomando. No había nadie.

Apresuradamente, enlazando por la cintura al desvanecido, lo llevó al piso, después de cerrar la puerta del ascensor y hacerlo descender. Arrojó sobre un diván al agregado, dejando sobre la mesita, el maletín y la cartera.

—Bien. Se siente usted Vampiro —dijo alguien, tras él.

Se volvió Roy Curtis, para verse encañonado por Gregor Mason.

—Jugada completa, Curtis. El maletín y el dinero. ¿Conque dos millones para mí, y tres para ti, no?

Con el cañón, le mostró un lado del vestíbulo.

—A la pared. No pretendas atacarme, porque dispararé. Anda, y con tiento. ¿Quieres saber lo que ha sido de Sandra? Atada y amordazada en compañía de Adams y los F.B.I. Un buen lote, cuando te encuentren a ti, entre ellos.

Roy Curtis, en alto las manos, fué retrocediendo

—No seas necio, Gregor. Te faltan riñones para explotar este asunto. El agregado pagará otros cinco más, si yo llevo el mando.

—Te creciste, Curtis. Te recogí mísero y hambriento, y me pegaste. Mi hermano ha muerto...

Un timbrazo repercutió en el vestíbulo. Alguien llamaba...

Gregor Mason, instintivamente, miró hacia la puerta, tras la que alguien esperaba.

Roy Curtis se abalanzó a ras de suelo, en portentosa estirada, rodeando los tobillos de Mason, que cayó de espaldas, viéndose cabalgado por Curtis; éste le retorció la muñeca, obligándole a soltar la pistola.

—Anda, idiota, ve a abrir. Eres mi secretario por un minuto más. Ve a abrir

Gregor Mason se puso en pie. El timbre sonaba por tercera vez.

—¿Tienes miedo, Gregor? Ve a abrir...

El secretario se arrojó desesperadamente contra Curtis, que le recibió fríamente con dos directos largos a la frente y al cuello.

El timbre sonó por cuarta vez, con insistencia.

Roy Curtis ató rápidamente a Mason, introduciéndole entre los labios un puñetazo. Lo llevó al despacho, donde también llevó al agregado, atándolo.

El timbre sonó por quinta vez, prolongadamente. Reconponiendo su cuello, la corbata y la americana, Roy Curtis fué hacia la puerta.

Norma Randal al oír el cerrojo, quitó el seguro del revólver, bajo el manguito. La puerta se abrió.

Preguntó ella:

—¿Dark Scotty...?

Pestañeó, y abierta la boca para lanzar un grito, cayó hacia delante desmayada entre los brazos, de Roy Curtis, que, cerrando la puerta, la levantó en vilo, llevándola al diván.

—Norma...

Un temblor convulsivo agitaba a la desvanecida. Roy Curtis trataba de hacerla volver en sí. Le quitó el gorro de pieles, el chaquetón, y vió cómo en el suelo, al caer el manguito, quedaba el revólver plateado, destellante sobre la alfombra.

¿Por qué estaba ella allí? ¿Por qué preguntó por Dark Scotty? ¿El revólver...?

Abrió el escote de la blusa, y torpemente agitó la mano, aireando el semblante lívido, donde resaltaba como una herida sanguinolenta, el trazo de la boca crispada.

El teléfono repiqueteó. Roy Curtis, titubeando, se decidió. Cogió en brazos a su novia, sin sentido, y la llevó hasta el despacho.

Descolgó el micro.

Una voz femenina preguntó:

«—Urgente. ¿El señor Scotty?

—Yo mismo.

«—Soy Lil Randal. Creo que mi hermana Norma, que estaba conmigo hace poco, se ha dirigido a su casa, señor Scotty. Está un poco perturbada por una reciente desgracia... y le atribuye a usted la culpa de algo que sucedió.

—No entiendo.

«—Su novio se suicidó, y ella supone que, de haber tenido dinero, habría evitado la muerte de su novio.

—Sigo sin entender.

«—Mi padre, hace cinco años, entregó todos sus ahorros a una sociedad que usted fundó, señor Scotty.

—Ahora comprendo. No pase cuidado. Si Norma Randal viene, nada sucederá. Volverá a su casa Adiós.

Al otro lado del hilo, al colgar, Lil Randal tembló susurrando:

—Es horrible, Jerry.

—¿El qué? —quiso saber, contrito, el estudiante del F.B.I.

—Roy Curtis... llamaba muchas veces por teléfono a mi hermana Yo recogía los encargos, si estaba ausente Norma. ¡Y el que ahora hablaba, era Roy Curtis! Pero era el piso de Dark Scotty.

—Vamos allá, pronto. No debemos permitir que Norma cometa cualquier delito contra «el Vampiro de Nueva York». ¡Vamos!

Entre tanto, Roy Curtis tendía a Norma sobre un diván. Gregor Mason y el agregado, ya vueltos en sí, clavaban sus miradas con odio en el que, por fin, acertó la manera de evitar el choque

nervioso que de nuevo sufriría Norma Randal al recuperar el sentido.

Se encaminó hacia donde estaba Sandra Scotty, atada y amordazada, quitándole ligaduras y pañuelo.

—Atiéndala, Sandra. Es mi novia.

—¿Qué va usted a hacer, Roy? ¿Qué puedo decirle a ella?

—Explíquele todo. Llévela a la alcoba. La ayudaré. Enciérrese con ella. Y espere.

—Usted no cometerá la cobardía de huir.

—No soy ningún cobarde. Haga lo que le digo.

—Pero...

—Me ausentaré unos instantes. No más de una hora. Volveré. Si llegase la hermana de Norma, dígame que ésta se ha ido a su casa, acompañada por Dark Scotty. Hágalo así.

Aturdida, vió Sandra Scotty como Roy Curtis dejaba sobre la cama a Norma Randal, besándola en la frente. Salió de la alcoba y Sandra Scotty cerró la puerta.

En el vestíbulo recogió Curtis el maletín y la cartera. Salió, con el llavero perteneciente a Dark Scotty, fué comprobando que las tres puertas de salida, estaban bien cerradas.

Se giró, cuando del ascensor salían Jerry Smith y Lil Randal.

—¡Roy...! —gritó Lil Randal, desorbitada.

Roy Curtis frunció el entrecejo.

—Soy Dark Scotty. ¿Quién es usted?

—Vino aquí la señorita Norma Randal —empezó a decir Jerry Smith, receloso.

—Ha salido hace unos momentos. La recibió mi secretario, diciéndole que estaba ausente. Puedo llevarles en mi coche. La encontrarán en su casa.

—¡Tú... usted es Roy Curtis! —exclamó Lil Randal.

Jerry trató de aplacar a la excitada muchacha.

—Es largo de explicar, señor Scotty.

—Tengo prisa.

—¡Es, Roy! ¡Es Roy! No lo dejes marcharse, Jerry...

Jerry Smith dijo, amablemente:

—Se trata, sin duda, de algún parecido. Todos tenemos nuestro «sosia». Por lo visto, usted se parece a Roy Curtis. Le aceptamos la oferta, señor Scotty.

—Aquél es el garaje.

En el coche, temblando como una epiléptica, Lil Randal sólo sabía repetir monótonamente:

—Es Roy Curtis... Es Roy Curtis...

Al volante, Roy Curtis fue conduciendo el «De Soto» rampa abajo, hasta salir a la calle.

—¿Dónde les dejo?

—En la esquina de la Séptima, señor Scotty.

—¡Es Roy Curtis, Jerry!

—Si lo fuera, ¿por qué iba a negarlo? —dijo Smith, empleando un tono paternal—. Vamos, vamos, Lil... Perdónela, señor Scotty.

En la esquina, frenó Curtis. Se apeó Smith, que tuvo que forcejar con Lil Randal para lograr que descendiera.

—Gracias, señor Scotty. Felices Navidades.

Apenas el coche arrancó, abalanzóse Smith a un *taxi* donde empujó a Lil Randal.

—¡Siga al «De Soto» aquél, chofer! ¡Pronto, F.B.I.!

Roy Curtis detuvo el «De Soto» en un cruce. Junto a él, estaba un policía de tráfico.

Sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Tiene la bondad de indicarme la dirección de las Oficinas Centrales Federales?

—Calle 44, edificio quinto. Felices Navidades señor.

Poco después, Jerry Smith exclamaba, asombrado:

—¡Entra en mi casa!...

En el ancho vestíbulo, Roy Curtis se acercó al mostrador, donde dos hombres de paisano, atendían una centralilla telefónica.

—Quiero hablar con el encargado del asunto James Adams, de la Compañía Riverside.

—Cuarto piso, puerta quince. Pregunte por el inspector Wallace.

El inspector Wallace miró a su visitante, que dejaba sobre la mesa un maletín y una cartera.

—Buenos días. ¿Qué desea decirme acerca de la Riverside?

—Será mejor que un taquígrafo tome nota, inspector.

Pulsó Wallace un timbre. Entró un joven.

—Vaya tomando nota —le indicó el inspector.

—Primero, sus nombres y profesión, señor.

—Roy Curtis, sin trabajo, ex combatiente...

—¡Roy Curtis! Oiga, éste es el nombre del suicidado, que suscitó sospechas en...

—En el piso de Dark Scotty están las siguientes personas. Muertas: Randolph Ventura, Tulio Carmino, Oscar Mink, Jim Bromfield y Steve Mason. Vivas: James Adams y cinco agentes del F.B.I., Sandra Scotty...

—¡Un momento!, ¡Un momento! Vamos por orden y le advierto que si es usted un lunático que ha venido a hacerse el interesante,

lo va a pasar mal ¿Qué lleva en esta cartera?

—Cinco millones.

—¡Mal...! ¿Y en el maletín?

—Todo lo que contenía el laboratorio de James Adams, antes que yo dinamitase la granja.

—Siga. ¿Arrepentimiento?

—Buscaba trabajo. Cuando Gregor Mason, secretario de Dark Scotty, él que se suicidó y viste mis ropas, me propuso substituir a Dark Scotty, acepté, porque quería ganar dinero, sin detenerme en obstáculos. Pero al oír mencionar el asunto James Adams, comprendí que era mi ocasión de encontrar un empleo en el F.B.I., para el que prácticamente voy a demostrar que estoy capacitado

—¡Un momento! —se acercó al intercomunicador y ordenó—: Envíe seis hombres al piso de Dark Scotty. Pronto. Siga usted.

—Delatar el caso, no habría desenmascarado al que tenía afán de descubrir el secreto de James Adams, que comprendí no era una vitamina, sino algo de importancia enorme para la defensa o el ejército de nuestra nación. Seguí el juego, y he capturado la banda Bandoli Ventura, y está en el piso de Dark Scotty, el espía que pagaba a Bandoli Ventura y a Hobart Loring.

—También es posible que, sabiéndose usted a punto de ser descubierto por un agente llamado Jerry Smith, que le ha seguido hasta aquí, como me telefonearon desde abajo, antes de entrar usted en mi despacho, usted esté ahora intentando...

—Mi sinceridad está aquí —y mostró Curtis el maletín y la cartera.

—No basta.

—No dejé ningún hilo sin conexión. Cuando en la granja, estuve un instante libre de la vigilancia de Gregor Mason, coloqué en el bolsillo interior de la americana de James Adams, un papel escrito. Él puede atestiguar que lo hice, porque me miró profundamente extrañado.

—¿Qué dice este papel?

—Algo muy sencillo: «Necesito trabajo. Me gusta el F.B.I.» Y firmé. Valgo diez millones y sin embargo, lo cambio todo por un empleo vitalicio en el F.B.I., qué me ayudará a rescatar una pasada falta. Necesito casarme, ¿sabe?

El inspector Wallace se rascó la sien, perplejo.

—Nunca se ha dado el caso de un solicitante, que para su ingreso, presente unas pruebas de aptitud tan abrumadoras. Creo que se ha ganado bien la plaza, Roy Curtis. Esperemos noticias.

Poco después, el teléfono decía el inspector Wallace, tras

escuchar un largo rato:

—...Registren los bolsillos del señor Adams, y comprueben lo que dice un papel escrito. Pregunten al señor Adams, cómo, cuándo y quién depositó este papel en su bolsillo.

Al cabo de unos instantes, el inspector colgó el aparato.

—Una redada completa. En el piso, sólo quedan Sandra Scotty y una señorita llamada Norma Randal.

—Ruego que telefonee para decirle a Norma Randal, que he encontrado trabajo. Si han sido unas Navidades trágicas, la Nochevieja será espléndida.

El viejo Randal y su familia depositaron una corona sobre la tumba bajo la que yacía Dark Scotty, «cuyo testamento» les permitía tener una casa con seis habitaciones y vivir holgadamente Gregor Mason fué condenado a cinco años de presidio.

Sandra Scotty ha regresado a Europa; donde los *gangsters* todavía no tienen organizaciones científicas.

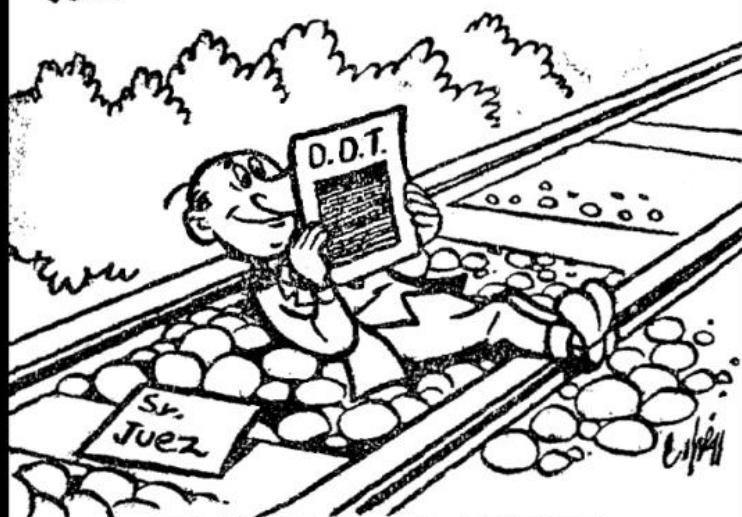
Norma Randal perdonó, porque creyó que, desde el primer instante, el nuevo agente del F.B.I., «buscaba trabajo».

Lil Randal ya no lee novelas policíacas: escucha todas las noches el resumen del día del agente Jerry Smith, cuya especialidad, en colaboración con Roy Curtis, es desentrañar los turbios manejos de los vampiros que cada día se infiltran en Wall Street.

Los pisos del «Bachelors» carecen ya de los acolchados «a prueba de ruido». Siguen siendo discretos, pero en su interior, nadie puede ya disparar impunemente.

FIN

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

LA FÓRMULA DE UN ARMA NUEVA Y PODEROSA...

...celosamente guardada por el Gobierno de los Estados Unidos, está a punto de caer en poder de una potencia extranjera. Tonny Brunner, el hábil inspector del F. B. I. fracasa en su intento de desenmascarar a los culpables, pero la sagacidad y la audacia del novel Dick Shelton, triunfan.

Tráfico criminal

La magnífica y apasionante novela de

KENT MILLER

que se publicará en el próximo número de la interesante Colección

SERVICIO SECRETO

registra los gigantescos esfuerzos de dos esforzados agentes en impedir que un peligroso compuesto químico traspase las fronteras de U. S. A.

Tráfico criminal

condensa las luchas contra los enemigos de la Ley, arriesgadas persecuciones a través de peligrosos parajes, y al fin el triunfo, de la justicia.

No deje usted de leer esta admirable producción de

KENT MILLER

Colección BISONTE



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- | | |
|-------|--|
| 121.— | El valle de los siete ojos. <i>John F. Abbot</i> |
| 122.— | Pueblo de ventajistas. <i>M. L. Estefanía.</i> |
| 123.— | En el camino de Dodge. <i>J. de Cárdenas.</i> |
| 124.— | El peor de los "cow-boys". <i>M. de Silva.</i> |
| 125.— | El final del sendero. <i>Fidel Prado.</i> |
| 126.— | Uno que vale por cien. <i>Raf Segrram.</i> |
| 127.— | ¡California Kid! <i>Francisco Escaño.</i> |
| 128.— | Jugando con la muerte. <i>Peter Doom.</i> |
| 129.— | Cara de Poker. <i>Fidel Prado.</i> |
| 130.— | Duro de pelar. <i>Raf Segrram.</i> |
| 131.— | A mil dólares la vida. <i>M. de Silva.</i> |
| 132.— | A cara o cruz. <i>Peter Doom.</i> |
| 133.— | ¡Estaba escrito! <i>Fidel Prado.</i> |
| 134.— | El grandullón. <i>Raf Segrram.</i> |
| 135.— | Un equipo tejano. <i>M. L. Estefanía.</i> |
| 136.— | Una. bala para tres. <i>C. Lindsmall.</i> |
| 137.— | El fugitivo. <i>Peter Doom.</i> |
| 138.— | Entrefieras. <i>Raf Segrram.</i> |
| 139.— | ¡Adelante, Willy! <i>M. de Silva.</i> |
| 140.— | Los pastos del río. <i>Joe Bennett.</i> |
| 141.— | El fantasma de tierra amarilla. <i>J. de Cárdenas.</i> |
| 142.— | Mercaderes sin ley. <i>R. C. Lindsmall.</i> |
| 143.— | El justiciero. <i>Raf Segrram.</i> |
| 144.— | Perdonavidas. <i>Peter Doom.</i> |
| 145.— | El que mató a Duncan Suiza. <i>Alone Gregory.</i> |
| 146.— | Ciudad de Plata. <i>R. C. Lindsmall.</i> |
| 147.— | El desesperado. <i>Raf Segrram.</i> |
| 148.— | El pistolero del Sudoeste. <i>M. L. Estefanía.</i> |
| 149.— | La ruta de los malditos. <i>Fidel Prado.</i> |
| 150.— | Un pobre diablo. <i>Raf Segrram.</i> |
| 151.— | Seis cartuchos. <i>M. L. Estefanía.</i> |
| 152.— | El drama do una vida. <i>Fidel Prado.</i> |
| 153.— | Titanes del Oeste. <i>M. de Silva.</i> |
| 154.— | Alias Montana. <i>Alone Gregory.</i> |
| 155.— | La sombra del muerto. <i>Raf Segrram.</i> |
| 156.— | El imperio del "Colt" <i>M. L. Estefanía.</i> |
| 157.— | Pistoleros a sueldo. <i>Rutel Prado.</i> |
| 158.— | El secreto del "gun.man". <i>M. de Silva.</i> |

- 159.— El dominador. *Raf Segrram*.
160.— Los justicieros de Dodge. *John F. Abbot*.
161.— Nido de “gunmen”. *M. L. Estefanía*;
162.— El diablo amarillo. *Alone Gregory*.
163.— El regenerado. *Raf Segrram*.
164.— Bautismo de sangre. *Fidel Prado*.
165.— Pueblo seco. *Joe Bennett*.
166.— King, el gato. *Raf Segrram*.
167.— El barranco de la muerte. *Fidel Prado*.
168.— El valle sangriento. *Raf Segrram*.
169.— Maldición en la Pradera. *M. de Silva*.
170.— “Corazones” Bradley. *Joe Bennett*.
171.— La hiena del valle. *Raf Segrram*.
172.— La incógnita de Jack Smith. *Raf G. Martyn*.
173.— El terror de los cuatrerros. *Raf Segrram*.
174.— Rancho quemado. *Fidel Prado*.
175.— Galopando con la muerte. *Raf Segrram*.
176.— Plomo en Arizona. *Joe Bennett*.
177.— El tiranuelo. *Raf Segrram*.
178.— Lo que puede un hombre. *Fidel Prado*.
179.— La trocha maldita. *Raf Segrram*.
180.— Los gigantes de Oklahoma. *Joe Bennett*.
181.— El sabueso de Texas. *Raf Segrram*.
182.— Buscando fama. *Peter Doom*.
183.— Un buen amigo. *Raf Segrram*.
184.— Un tejado en Road Creeck. *Orland Gar*.
185.— Razones de plomo. *M. L. Estefanía*.
186.— La oveja negra. *Raf Segrram*.
187.— Persecución a muerte. *Fidel Prado*.
188.— En el cubil de la fiera. *Alone Gregory*.
189.— La frontera peligrosa. *Fidel Prado*.
190.— El espectro de la cabaña. *Preston Slathery*.
191.— Caprichos del destino. *Fidel Prado*.
192.— El pasado de un hombre. *J. de Cárdenas*.
193.— El infalible. *Raf Segrram*.
194.— La capitana. *Fidel Prado*.
195.— La banda de el “Negro”. *Raf Segrram*.
196.— ¡Aquel forastero! *Tex Taylor*.
197.— La última pelea. *Edward A. Swareth*.
198.— Hombres males. *Joe Bennett*.
199.— De la misma sangre. *Peter Doom*.

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1.— La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
- 2.— Entre tinieblas. *Jack Grey.*
- 3.— Servicio especial. *Tony Wanton.*
- 4.— Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
- 5.— El hotel de los crímenes. *Jack Grey.*
- 6.— Los cuatro ases. *Peter Debry.*
- 7.— La noche de Bright Garden. *A. Rolcest.*
- 8.— El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
- 9.— ¡Contraespionaje! *Tony Wanton.*
- 10.— Peces de platino. *Peter Debry.*
- 11.— La hiena blanca. *Jack Grey.*
- 12.— Gangsters de Casablanca. *Peter Debry.*
- 13.— Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
- 14.— Valses tétricos. *Peter Debry.*
- 15.— La libélula de cristal. *Kent Miller.*
- 16.— Los buitres negros. *Peter Debry.*
- 17.— El monstruo. *Jack Grey.*
- 18.— En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
- 19.— El gas R.650. *Kent Miller.*
- 20.— La atómica en Hollywood. *Peter Debry.*
- 21.— La onda mortal. *Kent Miller.*
- 22.— Misión en Extremo Oriente. *A. Rolcest.*
- 23.— La zorra del desierto. *Tony. Wanton.*
- 24.— La bella del Bósforo. *Peter Debry.*
- 25.— Rechazados por la muerte. *Jack Grey.*
- 26.— La isla Corazón. *Peter Debry.*
- 27.— Agente novel. *Al Masson.*
- 28.— Los diablos del Artico. *Peter Debry.*
- 29.— Motín en los Balcanes. *Enue Parket.*
- 30.— M I 5. *Tony Wanton.*
- 31.— Con pasaporte robado. *F. P. Duke.*
- 32.— El pulpo humano. *Peter Debry.*
- 33.— El amuleto de Kali. *Kent Miller.*
- 34.— La pequeña tonkinesa. *Peter Debry.*
- 35.— Corea. *Tony Wanton.*
- 36.— Piratería moderna. *Peter Debry.*
- 37.— Pánico en Nueva York. *Alex Wilkie.*
- 38.— Un pistolero en el F. B. I. *Peter Debry.*
- 39.— Héroes anónimos. *F. P. Duke.*

- 40.— “Dama Dinamita”. *Peter Debry.*
41.— Yo acuso. *Tony Wanton.*
42.— Llamada al amanecer. *Kent Miller.*
43.— El secreto del tratado de Química. *F. P. Duke.*
44.— Doctor Borgia. *Peter Debry.*
45.— Los diablos de Wakefield. *Kent Miller.*
46.— Asesinatos en el estadio. *Peter Debry.*
47.— El soplo de la muerte. *Jack Grey.*
48.— La implacable amenaza. *Tony Wanton.*
49.— Una pista difícil. *Jack Grey.*
50.— Oscuro dominio. *Tony Wanton.*
51.— Sabotaje. *Kent Miller.*
52.— La muerte lenta. *Peter Debry.*
53.— Operación “la negra”. *Fred Gorhan.*
54.— Plátillos volantes. *Peter Debry.*
55.— Bautismo de fuego. *Kent Miller.*
56.— Aviones sin rumbo. *Peter Debry.*
57.— Un loco en la sombra. *A. Rolcest.*
58.— El encapuchado gris. *Jack Grey.*
59.— La tela de araña. *Kent Miller.*
60.— La operación “Greif”. *A. Rolcest.*
61.— Sabotaje en Persia. *John L. Martín.*
62.— Secuestros en Nueva York. *Fred Gorhan.*
63.— La maraña sangrienta. *Jack Grey.*



Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 259 - Isabel Salueña.

■ EL CHICO DE LA GASOLINERA

Núm. 260 - Lia Ramos.

■ LA MUJER VENCIDA

Núm. 261 - Sergio Duval.

○ EL JURAMENTO

APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

Núm. 99 - Corín Tellado.

■ ...Y SONÓ SU FELICIDAD

Núm. 100 - Ana Marcela García.

■ UNOS PASOS EN LA NIEBLA

Núm. 63 - Matilde Redón Chirona.

○ VENDAVÁ

APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 155 - Nylhama.

■ RAYITO DE SOL

Núm. 156 - Cristina Luján.

■ EL VIEJO AMOR

Núm. 157 - Mercedes Muntó.

○ ORIGINAL APUESTA

APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Ptas.



COLECCION BIDENTE

Núm. 200 - Joe Bennett.

■ RIO PEREZOSO

Núm. 201 - Fidel Prado.

■ LOS DIABLOS ROJOS

Núm. 202 - M. L. Estefanía.

○ DE KANSAS A VIRGINIA CITY

APARICIÓN SEMANAL. Precio 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 63 - Jack Grey.

■ LA MARAÑA SANGRIENTA

Núm. 64 - Peter Deby.

■ EL VAMPIRO DE BROOKLYN

Núm. 65 - Kent Miller.

○ TRÁFICO CRIMINAL

APARICIÓN SEMANAL. Precio 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

Núm. 20 - Zane Grey.

■ KEN WARD EN LA JUNGLA

Núm. 21 - Oscar J. Friend.

■ TIERRAS SANGRIENTAS

Núm. 22 - Zane Grey.

○ CAZADOR DE CIERVOS

APARICIÓN BIMENSUAL. Precio 16 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.

Precio: 5 pts.

